

CRISTINA PRADA
MANHATTAN
LOLA LOVE

Las noches
en Nueva York
siempre son
inolvidables



Índice

Portada
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Biografía
Notas
Créditos

Te damos las gracias por adquirir este EBOOK

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Próximos lanzamientos
Clubs de lectura con autores
Concursos y promociones
Áreas temáticas
Presentaciones de libros
Noticias destacadas

PlanetadeLibros.com

**Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:**



Explora Descubre Comparte

9.47 p.m.

—¿Pelo suelto o recogido? —me pregunta Mackenzie bajo el umbral de la puerta de mi habitación, asiendo y soltando su preciosa melena rubia.

Me llevo el bote de rímel con el que me estaba retocando las pestañas a los dientes y la observo sopesando las opciones.

—Con ese vestido, recogido —me decido al fin.

Mackenzie asiente y sonrío.

—Tienes un gran gusto para la moda, pequeña —responde apuntándome con el índice—, por eso siempre estamos de acuerdo.

Yo le devuelvo el gesto, dejo el rímel sobre la cómoda y me retoco mis ondas negras con los dedos. Tengo muchas ganas de salir esta noche. Llevamos dos semanas de infarto en la oficina.

—Lola, ¿quieres terminar de una vez? —me pide Katie a voz en grito desde el salón—. Vas a ser la más guapa de las tres sin asomo de dudas, así que deja de esmerarte tanto.

Sonrío de nuevo a la vez que giro sobre mis Manolos para ver en el espejo cómo me queda el vestido por detrás. Sin embargo, soy incapaz de apartar la vista de mis nuevos zapatos. ¡Me encantan!

—Se te están pegando los modales del insufrible de tu prometido —me quejo socarrona entrando en el salón.

Katie me hace un mohín, pero casi en el mismo instante una boba sonrisa se cuelga en sus labios. Apuesto a que ha sido oír la palabra *prometido* y pensar en él.

—Tierra llamando a Katie —bromea Mackenzie—. ¿Te importaría volver al mundo real con nosotras y dejar de fantasear con cabronazos buenorros alemanes?

—¿Tienen que ser alemanes? —replica.

—No lo sé. ¿De dónde es Jackson Colton? —añado.

—Él y su pedestal son *made in* Nueva York —responde Mackenzie frunciendo los labios.

—Colin es americano-irlandés —sentencia Katie.

Las tres nos miramos y estallamos en risas. Por mucho que tenga ganas de prenderle fuego al despacho de Donovan Brent, he de reconocer que esos tres sinvergüenzas están buenísimos.

—Bueno, señoritas, pongámonos en marcha —digo dirigiéndome a la puerta—. Manhattan nos espera.

Me acerco al bordillo de la acera y silbo al más puro estilo Carrie Bradshaw para parar un taxi. Apenas un segundo después, un Chevrolet amarillo se detiene junto a nosotras.

—Buenas noches —saludo al conductor—. Al 175 de la 26 Oeste.

Vamos al Electric House of Natives, el club más de moda en Manhattan. Empezó siendo el sitio por excelencia para ir a bailar los miércoles y ha acabado convirtiéndose en cita obligada para todos

los neoyorquinos.

—Lara nos espera allí —comenta Katie mirando su iPhone—. Irá con Jackson y los chicos desde la oficina.

—Aún no puedo creerme que Jackson Colton tenga novia —replica Mackenzie con la mirada perdida al frente.

La entiendo perfectamente. Jackson es de esa clase de hombres que todas pensábamos que moriría soltero, como un cálido faro al que agarrarte las noches en las que te da por beber tequila, comer helado de chocolate y pensar que tú también vas a morir sola. Es una estupidez, pero reconforta pensar que un hombre así estará siempre disponible. Primero cayó Adam Levine y ahora él. Si alguien me dice que Chris Pine va a casarse, creo que romperé a llorar.

—Seguro que es increíble, guapísima, con unas piernas de infarto y una colección de minivestidos de Stella McCartney que quita el hipo —continúa Mackenzie sacándome de mi ensoñación.

Katie y yo nos miramos. No podría estar más equivocada. Lara es increíble, pero lo es por unos motivos completamente diferentes. En silencio, sonreímos cómplices y prestamos atención a nuestras respectivas ventanillas. Me muero por ver la cara que pone cuando la vea.

—¿Y qué hacen tres chicas como vosotras solas en la ciudad? —pregunta el taxista.

—Nos vamos de fiesta —respondo resuelta con una sonrisa.

En otras circunstancias lo mandarí al diablo, pero el hombre tiene como sesenta años. Está claro que lo pregunta preocupado de verdad y no para intentar ligar.

—Y vamos a beber, muchísimo —añade Mackenzie sólo para provocarlo—, y puede que a intentar ligar.

El taxista la mira por el espejo retrovisor y sonríe con algo de malicia.

—Más os vale no hacerlo en ese orden.

Las tres lo observamos con los ojos como platos y su sonrisa se ensancha.

—Mi hermana lo hizo una noche de 1967 y tuve que ver a ese gilipollas todos los días de Acción de Gracias durante cuarenta y siete años —se explica.

Las chicas y yo nos miramos sin saber qué decir.

—¿Murió? —inquire Katie con cautela.

Mi pelirroja nunca es capaz de callarse una pregunta.

—¡Claro que no! —responde el hombre divertido—. Mi hermana volvió a salir otra noche, volvió a hacerlo todo mal y encontró a uno aún más gilipollas. Ha conseguido que eche de menos al primero.

Las tres nos miramos de nuevo y casi en ese mismo instante todos, taxista incluido, estallamos en risas.

Nos pasamos el resto del trayecto charlando. Nos cuenta que vive en Brooklyn con su mujer, Alice, sus tres chicas y su nieta. Sólo son unos minutos, pero me cae realmente bien. Parece un tipo fantástico.

Nos deja a unos pasos del club, pagamos la carrera y salimos del vehículo.

—Lola —me llama sacando su brazo por la ventanilla y apoyando la palma de la mano en la carrocería del coche.

Al oírle, desando el par de pasos que nos separan.

—Toma —dice tendiéndome una tarjeta con su nombre y su número de teléfono—. Tú pareces la más madura de las tres, por eso te lo digo a ti: tened cuidado. Si me necesitáis, llamadme. Estaré aquí en un segundo.

Mi sonrisa se ensancha al tiempo que cojo la tarjeta. No me equivoqué cuando pensé que era un buen hombre.

—Muchas gracias, Tony.

Se despide con un gesto de mano y su taxi se aleja calle arriba. Me guardo la tarjeta en mi *clutch* de Edie Parker y sigo a las chicas hacia la puerta del local.

—¡Este sitio es increíble! —grita Mackenzie para hacerse oír por encima del *Light it up*,^[1] de Major Lazer, que suena a todo volumen.

Le hago un gesto a las chicas y nos abrimos paso con muchísimo tesón hasta la barra.

—¿Margarita? —pregunto a Mackenzie.

Ella asiente y Katie nos fulmina con la mirada. Apuesto a que se muere de ganas de asentir también.

Me encaramo a la barra, pero, cuando estoy a punto de pedirle nuestras copas a la camarera, mi móvil comienza a sonar al fondo de mi diminuto bolso. Lo saco y miro la pantalla. No me lo puedo creer. Es mi jefe.

Refunfuño con la vista clavada en mi BlackBerry y finalmente descuelgo.

—¿En qué puedo ayudarlo, señor Seseña? —respondo displicente.

—Necesito que mañana vengas a primera hora a la oficina.

¿Qué? ¡No puede estar hablando en serio!

—Señor Seseña, me encargué personalmente de que todo estuviera listo para su reunión del lunes. No queda nada por hacer —me explico tratando de mantener la compostura.

Y, por si no lo sabes, es sábado, pendejo, y llevo las dos últimas semanas trabajando dieciséis horas al día para ti.

—Hay algunos asuntos de última hora. Esto tiene que quedar perfecto, Lola. Ya lo sabes. Mañana a las ocho en punto en el despacho.

Antes de que pueda negarme de cualquier manera, el señor Seseña cuelga. De malos modos, meto mi BlackBerry en el bolso y resoplo. Mi vida es un asco.

—¿Qué te sirvo? —preguntan al otro lado de la barra.

No me lo puedo creer. Me merezco que me pague una semana en Cabo San Lucas y en lugar de eso va a hacerme trabajar en domingo, otra vez.

—¿Qué te sirvo? —repiten.

Debería plantearme buscar otro empleo. Resoplo de nuevo. Eso tampoco me sirve. Me encanta mi trabajo y soy muy buena. Sólo me gustaría que el señor Seseña fuese capaz de ver todo lo que hago por él y, como mínimo, yo qué sé, intentara ser más amable. Parece que eso es lo primero que les enseñan mientras estudian empresariales en Columbia: «vuestras secretarias os salvarán la vida, pero, por Dios, nunca se lo hagáis ver o jamás permitiremos que os nombren empresarios del año en la revista *Forbes*».

Eso sí que es un asco.

—Encanto, ¿vas a decirme de una vez qué te pongo?

No ha sido lo que ha dicho, que también, ha sido cómo lo ha dicho, muy arrogante y muy seguro de sí mismo, como si tuviese clarísimo que llamarme *encanto* va a alegrarme la noche. No podría estar más equivocado.

Inmediatamente alzo la cabeza. Un chico con el pelo negro y unos espectaculares ojos castaños está al otro lado. Es muy muy guapo.

—Tres margaritas, uno sin —respondo sin achantarme—, y ya estás tardando.

Asiente con una impertinente media sonrisa en los labios y comienza a preparar las copas. Algo

me dice que he reaccionado exactamente como esperaba. Esa idea me molesta. Lo observo con más detenimiento. Lleva unos vaqueros oscuros y una elegante camisa blanca remangada bajo un chaleco negro. El típico *look* de camarero, pero que su armónico cuerpo luce increíblemente bien.

—Soy Max y tengo treinta años —dice dejando las tres copas con el borde perfectamente recubierto de sal.

Carraspeo y salgo de la fotografía mental que le estaba haciendo.

—¿Y me lo cuentas por? —inquiero insolente.

Él se encoge de hombros mientras se gira para coger un pequeño cuenco de cristal lleno de limas.

—Porque imagino que eres de la clase de chica a la que le gusta saber el nombre del hombre que miran embobadas —responde como si nada, cortando ágil el cítrico y echándolo en una coctelera reluciente.

Lo observo boquiabierto. ¿Quién se cree que es?

—Nunca perdería el tiempo mirando a un hombre como tú... y he sido bastante generosa en lo de hombre.

Otra vez sonrío y otra vez tengo la sensación de que he reaccionado exactamente como esperaba. ¡Maldita sea!

Machaca las limas exprimiéndolas con una maza de madera. Abre una botella de Cointreau, echa un chorro alzando el vidrio sobre la coctelera y luego la cierra rápidamente. Se le da realmente bien. Es más que obvio que no es el primer cóctel que prepara, aunque, por supuesto, no se lo diría ni en un millón de años. No es más que un hombre guapo, sexy y engreído; una combinación demasiado horrible.

Se gira y coge una botella de tequila blanco DeLeón. Yo vuelvo a encaramarme a la barra subiendo mis Manolos al pequeño saliente que recorre el mostrador pegado al suelo.

—No se te ocurra echar esa basura en mi bebida —digo con una sonrisa maliciosa en los labios—. No soy ninguna universitaria embobada contigo a la que puedes colarle un tequila para gringos de cuarenta dólares la copa.

Él apoya la botella en la parte inferior de la barra, se lleva la otra mano a la cadera y alza la mirada a la vez que se humedece el labio inferior.

Vaya, eso ha sido muy sexy.

—¿Y qué quiere tomar la mexicanita? —pregunta socarrón y muy muy presuntuoso.

—Silver Patrón, blanco, y no te pases con la lima, camarerito.

Él sonrío, deja todo lo que está haciendo y pone dos vasos de chupito sobre el mostrador. Se acuclilla y, de debajo de la barra, saca una botella de tequila Herradura añejo. Es el mejor tequila de México y está claro que lo guardan ahí porque es el que beben los camareros. Ellos saben dónde está la calidad en una botella de alcohol.

Sirve los vasos hasta que casi rebosan y empuja uno hasta colocarlo frente a mí. ¿Quiere que me lo beba? ¿De un trago? No pensaba empezar la noche apostando tan fuerte.

Coge su chupito y me mira esperando a que haga lo mismo. Yo lo imito y enarco una ceja.

Puedes ser todo lo sexy que quieras, pero no vas a ganarme en mi propio juego.

Me lo tomo de un trago. El líquido baja ardiente por mi garganta y por un momento tengo la sensación de que me falta el aire. Milagrosamente, me contengo para no toser. Él se bebe su copa también de un golpe y deja el vaso bocabajo sobre la barra a la vez que me mira directa y peligrosamente a los ojos. Se cruza de brazos sobre la madera y se inclina sobre ella. Acabo de darme cuenta de que es muy alto.

—Ahora ya tienes otro motivo para mirarme embobada, Mexicanita.

Sin darme oportunidad a reaccionar, se incorpora, coge una botella de Silver Patrón, termina de preparar los margarita y los sirve en las copas rápido y minucioso.

—Y vamos a dejar una cosa clara —añade enganchando una rodaja de lima en el borde de cada copa—: aunque te hubiese puesto ese tequila para gringos, los cuarenta dólares no hubieran sido por cada cóctel —no puedo evitar fijarme en cómo sus manos se mueven con una seguridad pasmosa que, unida a su ronca y masculina voz, me tienen completamente hechizada—, sino por el espectáculo —sentencia.

Aparta las manos y yo siento que me han sacado de un sueño. Qué arrogante, engreído y ¡qué capullo! Sonríe una vez más ante mi escandalizada mirada y se aleja barra arriba.

—Habrían sido los cuarenta dólares peor invertidos de mi vida —grito haciéndome oír por encima del murmullo y de la música—. El espectáculo ha sido horrible.

Él se gira y con una sonrisa de lo más canalla me hace una reverencia como las de los actores al final de una obra de Broadway. ¡Es odioso! Resoplo furiosa y su sonrisa se ensancha antes de darse la vuelta de nuevo y seguir caminando.

¿Cómo se ha atrevido a hablarme así? Y yo, ¿cómo se lo he permitido?

Desde luego, no te reconozco, Lolita, me digo.

Cojo las copas malhumorada y me giro hacia las chicas. Tendríamos que haber ido al Indian.

—Cuánto has tardado —comenta Mackenzie.

—El camarero es odioso —respondo sin pensarlo dos veces con la mirada aún perdida en la barra.

Está preparando un par de copas para un par de chicas que lo miran como si estuviese recubierto de chocolate fundido.

—Pendejo —murmuro entre dientes.

—¿Qué? —pregunta Katie dándole un sorbo a su margarita sin—. Esto no sabe a nada —se queja inmediatamente separando el cóctel de sus labios.

Suspiro aliviada. No quiero tener que dar explicaciones sobre ese camarero engreído.

—Nada de alcohol —le recuerdo socarrona—. Tienes que cuidar de mi ahijada.

—Va a ser niño —me recuerda ella a mí.

Tuerzo el gesto.

—Ya lo sé —claudico resignada—, un pequeño Brent. Sólo espero que no se parezca a él.

Mi amiga me mira tratando de contener una sonrisa.

—Una mujer puede soñar, ¿no? —protesto.

Katie no puede aguantarse más y sus labios acaban curvándose hacia arriba.

—Va a ser un niño precioso, va a tener los ojos de Donovan y lo vas a adorar —me desafía divertida.

Frunzo los labios. Las dos sabemos que tiene razón. Definitivamente ese maldito alemán me ha ganado la batalla.

—Hablando del rey de Roma —nos interrumpe Mackenzie.

Yo me doy la vuelta y Katie alza la cabeza para poder mirar donde nuestra amiga ya lo hacía y ver entrar a los chicos. Ni siquiera el hecho de que Jackson lleve de la mano a Lara impide que la mayoría de las mujeres, al igual que a Colin y a Donovan, lo miren absolutamente hechizadas. Ellos, como siempre, parecen de otra maldita galaxia. Colton, Fitzgerald y Brent, fabricados por encargo para fulminar la lencería en diez kilómetros a la redonda.

Donovan clava sus ojos en los de Katie y camina hasta ella con el paso firme y decidido.

—Hola —susurra agarrándola de las caderas y llevándola hasta él.

—Hola —responde ella contra sus labios justo antes de que la bese con fuerza.

Cuando la obliga a andar un par de pasos hasta apresarla contra la pared, a punto de sonrojarme, dejo de mirar. Odio a Donovan Brent, pero no puedo negar que sabe cómo saludar.

—Es estar en un sitio mal iluminado y poner las manos en el pan —comenta Colin fingidamente displicente con una sonrisa burlona en los labios.

Le devuelvo el gesto. Este sinvergüenza siempre consigue sacarme una sonrisa.

—¿Un chiste de irlandeses, Fitzgerald? —pregunta socarrón Jackson.

—Un chiste de católicos, en realidad —me apresuro a responder—. Yo lo he pillado.

—Eso es porque somos los más guapos de este antro —replica Colin mirando a su alrededor.

De pronto sus ojos azules se encuentran con Mackenzie. La recorre de arriba abajo sin ningún disimulo y su sonrisa cambia a otra más sexy, más dura. Estoy asistiendo en directo al hombre transformándose en león. Mackenzie lo mira, pero rápidamente aparta su vista, perdiéndola disimuladamente entre la multitud a la vez que se muerde el labio inferior. Damas y caballeros, ahí tenemos a la inocente gacela. Yo frunzo el ceño. Espero que sepa en el lío en el que se está metiendo. Colin Fitzgerald puede ser adorable cuando quiere, pero es como el lobo disfrazado con piel de cordero, en el fondo es un cabronazo con demasiado encanto, arrogante y distante, con la mágica habilidad para que digas que sí a todos sus deseos. Y leones, gacelas, lobos, corderos y una servidora tenemos claro que la que tiene todas las papeletas para pasarlo mal es Mackenzie.

—Hola. —La suave y tímida voz de Lara llama la atención de todos.

—Hola —le devuelvo el saludo.

—Lara, ésta es Mackenzie —las presenta Jackson y, cuando lo hace, aprieta con fuerza la mano de su chica. Un gesto casi imperceptible, pero que, no sé por qué, creo que esconde mucho más—, trabaja con Lola en la oficina de Charlie Cunningham y antes lo hacía para nosotros. Mackenzie, ella es Lara, mi novia.

Mackenzie asiente y sonrío, pero no es hasta que escucha las últimas palabras de Jackson que no sale de su ensoñación americanoirlandesa. Abre mucho los ojos y la observa sin poder creérselo del todo. Sabría que pondría esa expresión.

—Hola —responde al fin.

Jackson se humedece el labio inferior y se inclina sobre su chica para darle un beso en el pelo. Nadie se imaginaba que un hombre como él acabaría con una chica como Lara. Ella tiene que tenerlos muy bien puestos para plantarle cara.

Colin y Donovan van a la barra y regresan con una ronda de bebidas para todos.

—¿Cómo es que os habéis quedado trabajando hasta tan tarde? —pregunto.

No es que sea algo raro en ellos, pero normalmente saben repartirse muy bien las tareas para evitar que los tres tengan que pringar en la oficina hasta esta hora un sábado por la noche.

—No lo sé, pero me niego a que se repita —replica Colin tras bufar indignado—. Trabajar hasta tan tarde cuando debería estar bebiendo me pone de mal humor.

Jackson sonrío.

—Que se lo digan a tu pobre secretaria —bromea Colton.

—Claro —replica Colin divertido—, porque la tuya va a nombrarte jefe del año. Esa mujer vive con miedo a no grapar los papeles a dos centímetros de la esquina superior izquierda.

Jackson se humedece el labio inferior de nuevo aguantándose la lindeza que está pensando en soltarle a su amigo, probablemente porque sus perfectos modales de Glen Cove le impiden hacerlo delante de su novia.

—Deberíamos encontrarle pareja —propone Lara.

—¿A quién? —pregunta Colin llevándose su vaso bajo con Glenlivet a los labios—. ¿A la secretaria de Jackson? La palabra que buscas es *gigoló*.

—No —responde al borde de la risa. Es un auténtico sinvergüenza—. Me refiero a la tuya.

—De eso nada —gruñe.

—¿Por qué, capullo? —inquire Jackson.

—Porque no quiero que la distraigáis. Me gusta ser el único hombre de su vida —responde socarrón, impertinente y posesivo, pero no como un hombre con su chica, sino más bien como un niño con su madre.

—Eres un gilipollas —sentencia Jackson también al borde de la risa.

Colin se encoge de hombros ignorando a su amigo.

—¿Qué tal si buscamos un sitio más cómodo? —propone.

Todos asentimos. Los reservados de esta disco son espectaculares. El irlandés da un par de pasos, coge a Mackenzie de la muñeca y echa a andar obligándola a seguirlo.

—Oye —se queja ella absolutamente encantada.

—Este sitio está muy oscuro —replica socarrón—. No quiero perderme.

Ella sonrío tratando de que el gesto no se haga tan grande que le parta la cara en dos. Yo también sonrío y me cruzo de brazos siguiéndolos. Lo dicho, este chico ni siquiera conoce el significado de la palabra *vergüenza*; además, seguro que debe de tener una vida sexual de lo más interesante.

De pronto noto un traje de seda italiana de cinco mil dólares chocar contra mi bonito vestido de Alexander McQueen.

—Vigila por dónde vas —se queja un ejecutivo malhumorado, sacudiendo su mano empapada y después su chaqueta igual de mojada.

—Lo siento —me disculpo dando un paso atrás.

El vodka que está esparcido por toda su ropa también tiene pinta de ser muy caro.

—¿Y eso de qué me vale? —protesta aún más borde.

Se acabó la Lola dulce y arrepentida.

—¿Cómo que eso de qué te vale?

Gilipollas.

—Este traje vale más que todo tu armario.

—Eso lo dices porque tú no has visto mi armario —replico impertinente cruzándome de brazos de nuevo.

—Vas a pagarme la tintorería —me espeta.

—Creo que no será necesario.

Una voz suave y masculina atraviesa el espacio a mi espalda y nos silencia a los dos.

—La chica se ha disculpado y, de todos modos, es obvio que ha sido un accidente.

El propietario de esa voz da un paso adelante y un hombre alto, rubio y con los ojos verdes aparece ante mí. Lleva un traje impecable que le sienta como un guante. Rezuma elegancia por los cuatro costados.

El primer tipo lo mira de arriba abajo con cara de pocos amigos, pero finalmente asiente.

—Debería decirle a su amiga que tenga más cuidado.

—Apuesto a que está muy arrepentida.

Esta especie de caballero andante me mira y sonrío. Una sonrisa brillante y perfecta que no tengo más remedio que imitar.

—Ten más cuidado —repite el idiota mirándome y echando a andar al fin.

Yo tuerzo el gesto y lo fulmino con la mirada mientras se aleja. Ten más cuidado tú. Sin embargo,

acabo de recordar que un hombre guapísimo al que tengo que explicarle que yo no necesito que me salven me está esperando. Llevo otra vez mi vista hasta él y me compensa con una nueva sonrisa. Es un hombre todo sonrisa con un bonito traje.

—Me llamo Adam Smith —se presenta tendiéndome la mano.

Sonrío. Supongo que las explicaciones pueden esperar un par de palabras de cortesía.

—Lola Cruz —respondo estrechándosela.

Tiene unas manos muy fuertes, pero también muy suaves.

—Siento todo lo que ha pasado con ese tipo. Ha sido muy maleducado.

—Yo también lo siento —replico. Es hora de poner las cosas en su sitio— pero, aunque te agradezco que intervinieras, podía arreglármelas sola.

Adam sonrío una vez más y se encoge de hombros algo nervioso.

—Supongo que tienes razón. Disculpa por haberte confundido con una damisela en apuros.

Ahora la que sonrío soy yo. Me ha gustado eso de damisela.

—Supongo que podría perdonarte —comento pizpireta.

Un poco de coqueteo nunca viene mal.

—¿Y supongo mal si pienso que podría apetecerte una copa, Lola Cruz? —pregunta posando sus ojos verdes en los míos.

—No.

Su sonrisa se ensancha. Me gusta esa sonrisa y me gustan esos ojos.

Adam extiende la mano en un educado gesto para que pase delante y caminamos hasta los reservados, que se sitúan en el centro de la discoteca. Hay unos espectaculares sillones violeta que brillan bajo las luces de la pista de baile y que funcionan como separador entre la parte del club destinada a beber y la que disfruta de la música a todo volumen del DJ de moda en Nueva York, láseres de colores y una pista de baile casi interminable.

—Sentémonos aquí —me ofrece Adam señalando uno de los reservados—. ¿Qué bebes? —añade cortes.

—Margarita, por favor.

Asiente y se marcha en dirección a la barra. Yo aprovecho que estoy sola para buscar a las chicas. No tardo en encontrarlas, están a media docena de sofás de distancia. No puedo evitar fijarme en el hecho de que una camarera guapísima está atendiéndoles en la mesa, sobre todo, teniendo en cuenta que este local no ofrece ese servicio. El mundo siempre a los pies de Colton, Fitzgerald y Brent.

Sin embargo, cuando centro mi mirada en un punto cualquiera, me sorprende al encontrarme con unos increíbles ojos castaños. Max, el camarero, ha atrapado mi mirada desde detrás de la barra y algo me dice que sabía exactamente dónde tenía que buscar para encontrarme. Es atractivo, abrumador e intimidante. Todo a la vez.

—Ya estoy aquí.

Soy plenamente consciente de que Adam ha llegado y que debería prestarle atención, pero no puedo apartar mis ojos de Max.

—Tu margarita.

El ruido de la copa al posarse sobre el cristal me distrae y la miro por inercia. No tardo más que un segundo, pero, cuando vuelvo a alzar la cabeza, ya no hay rastro de Max.

—Este local está realmente bien —comenta Adam.

Me obligo a mirarlo y le dedico mi mejor sonrisa para compensar.

—Sí, está muy de moda —respondo tratando de reconducirme.

Comenzamos a charlar de cosas sin importancia y poco a poco voy relajándome y olvidándome

de cierto camarero. Además, es una completa estupidez. ¡Ni siquiera me gusta!

Adam es muy simpático, muy educado y, por si fuera poco, guapísimo. Me explica que trabaja como ejecutivo en la CNN y otras empresas del multimillonario Ted Turner. Yo le hablo de Michael Seseña y, sobre todo, de Charlie Cunningham. Adoro trabajar para él. Es el mejor publicista de la costa este y cualquiera que viva en Nueva York lo sabe.

—Mi casa está en la parte alta —me explica—. Es un apartamento pequeño, pero me gusta mucho. Además, al vivir solo, no necesito mucho espacio.

Ese *solo* no ha sonado nada mal.

Adam estira su brazo a lo largo del respaldo del sofá violeta y me acaricia el hombro acercándose a él. Mi sonrisa parece haberlo animado y, pizpireta, repito el gesto. Aún no tengo claro si me gusta o no, pero quiero averiguarlo.

—Esta copa es para usted, señorita.

Su voz, pero sobre todo esa arrogancia e impertinencia absolutamente innecesarias me hacen alzar la cabeza a tiempo de ver cómo Max deja un chupito de tequila sobre la mesa de diseño.

—No he pedido nada —replico.

—Es lo que suele pasar cuando te invitan a una copa, que no es algo que pides —replica odioso con esa media sonrisa condenadamente sexy en los labios.

—¿Y se puede saber quién me ha invitado?

—Como buen camarero, tengo clarísimo que se dice el pecado pero no el pecador.

Su respuesta parece incomodar a Adam, que se separa dejando una distancia prudencial entre nosotros. Yo lo miro dispuesta a aclararle que no tengo ni un novio ni un ligue observándome desde ninguna parte del bar, pero no quiero decirlo delante de Max. No pienso dar un solo detalle de mi vida privada en su presencia. Vuelvo a mirar al camarero más odioso del mundo y todo mi cuerpo hierve cuando descubro que él ya me observa a mí y a la situación más que satisfecho. ¡Sólo ha venido hasta aquí para arruinarme el momento! ¿Quién se cree que es?

Me cruzo de brazos y lo fulmino con la mirada por enésima vez.

—Llévate esa copa. No la quiero.

Él se encoge de hombros, gira sobre sus pies e, ignorando mi petición, se marcha de nuevo a la barra. Todo sin dejar de sonreír.

—Es el peor camarero del mundo —gruño entre dientes.

—¿Qué? —pregunta Adam.

—Nada —me apresuro a responder obligándome a mirarlo.

Me las va a pagar. Sólo ha venido hasta aquí para fastidiarme... pero a ese juego podemos jugar los dos. Sonrío con malicia.

Me las vas a pagar de verdad, Max.

Apoyo las palmas de las manos en el tresillo y suavemente me acerco hasta que mi pierna cruzada toca la de Adam. Él alza la cabeza y su mirada se transforma en una más hambrienta, como si fuese la señal que necesitaba.

Lo miro a través de mis pestañas tratando de resultar todo lo sensual que soy capaz y, sin dudar, llevo mi vista discretamente hasta la barra dispuesta a disfrutar de mi triunfo. Sin embargo, no tengo a nadie a quien echárselo en cara. Max, el camarero más odioso y sexy de Manhattan, no está.

Frunzo el ceño confusa y en ese preciso instante un breve solo de guitarra corta el ambiente y la música cambia por completo. Comienza a sonar *Sax*,[*] de Fleur East, más fuerte de lo que ninguna canción lo ha hecho hasta ahora.

—¿Estáis listos?

Su voz amplificada por un megáfono resuena en todo el local mezclándose con los primeros acordes de la música.

Lo busco con la mirada y lo encuentro justo a tiempo de ver cómo aparece desde el fondo de la barra con un megáfono blanco. Las otras camareras lo contemplan con cara de adoración mientras las chicas van agolpándose en la barra. Max camina despreocupado, lleno de una masculina seguridad, como si estuviese acostumbrado a que las mujeres se lo comieran con los ojos cada día.

—Las reglas son claras —recuerda—: si queréis beber gratis en mi barra, tendréis que ganároslo, y os recuerdo, señoritas, que sé todo lo que quiero y soy muy exigente —sentencia presuntuoso, impertinente y muy muy sexy con la media sonrisa más canalla del mundo en los labios.

Estoy completamente convencida de que acaba de provocar algún desmayo.

—¡Música, maestro! —pide.

Todos gritan enfervorecidos y el estribillo salta a todo volumen. Apoya su palma de la mano grande y fuerte en la barra y salta el mostrador sin problemas. La gente acude como si fuera una marabunta y automáticamente comienza a bailar. Max se pasea entre todos observando con descaro a las chicas y bailando con ellas. Sin embargo, no toca a ninguna. Las tortura colocándose muy cerca, atrayéndolas hasta él como si fuera un encantador de serpientes, pero dejándolas con ganas de lo único que no pueden tener si el rey del club de moda no decide dárselo.

Sacudo la cabeza.

¿En qué demonios estás pensando, Lolita?

Es un engreído antipático, nada más.

—Cuéntame algo más de ti —digo centrándome de nuevo en Adam.

Eso es lo que tengo que hacer.

—Mi trabajo...

—Creo que todavía hay alguien por aquí que no está sintiendo la música —grita Max a la muchedumbre a través del megáfono—. ¡Más alto!

El DJ aumenta el volumen y todos lo celebran encantados sin dejar de bailar un solo segundo.

Entorno la mirada; lo ha hecho a propósito, pero no va a conseguir arruinarme la noche. ¡No me da la gana! Me giro hacia Adam y lo miro muy interesada esperando a que continúe hablando. Él me observa un poco confuso, pero no lo duda, se inclina hacia delante y sonrío.

—Te decía que mi trabajo...

Con la música y el murmullo de todas las personas que nos rodean, no soy capaz de oír nada.

—Perdona, no te he oído —me sincero.

—Te decía que mi trabajo... —prácticamente grita para hacerse oír por encima de todo el ruido.

Me esfuerzo en captar lo que dice, pero no lo consigo. Es imposible.

Por mi expresión, Adam parece adivinar que no le estoy entendiendo.

—Será mejor que esperemos a que termine la canción.

Asiento a la vez que me cruzo de brazos y me dejo caer sobre el respaldo del sofá violeta con la mirada perdida en el espectáculo que hay a unos metros de mí.

¡Maldito Max!

Tras unos minutos de locura absoluta, la canción por fin termina. Max atraviesa la multitud que lo mira embelesada hacia la entrada de la barra. Cuando está a punto de alcanzar el otro lado del mostrador, una chica lo coge del brazo y, con la sonrisa más grande del mundo en los labios, lo obliga a girarse. Él se frena en seco, la chica imagino que lo saluda o le da su dirección, qué sé yo, está más que entregada, pero él, con una mirada dura y a la vez sexy, la de un auténtico perdonavidas, fija sus espectaculares ojos castaños en la mano de la joven aún sosteniendo su brazo y después alza

la cabeza hasta clavarlos en los suyos y, con un solo movimiento, sin liberar a la chica de su halo de atractivo, se suelta y regresa a la barra. Nadie lo toca si no es exactamente lo que quiere y no piensa permitir que nadie confunda sus clarísimas reglas.

La primera regla del auténtico cabronazo: las cosas pasan cuando él quiere que pasen.

—Lola —me llama Adam.

Ningún hombre me había parecido tan atractivo.

—Lola —repite—. Lola, ¿estás bien?

Me obligo a mirarlo... otra vez.

—¿Sí? —pregunto desorientada.

Adam sonrío. Es obvio que se está armando de paciencia.

Empezamos la conversación de nuevo, pero su móvil suena, distrayéndonos. Se disculpa y se levanta para atender la llamada. Yo observo cómo se aleja. Me gusta Adam. Es todo lo que tiene que ser.

No llevo más de unos segundos sola cuando un movimiento en el sofá contiguo me distrae. Alzo la cabeza y no puedo creer lo que veo. ¿Es que no piensa dejarme en paz?

—¿No había ningún otro lugar donde sentarte? —me quejo—. ¿No se supone que estás aquí para trabajar?

Max se acomoda en el sofá extendiendo sus brazos a lo largo de la espalda del tresillo y colocando los pies sobre la mesita de diseño. Supongo que ésa es su impertinente respuesta.

—Después del espectáculo, me merezco un descanso, Mexicanita.

—No me llames Mexicanita —protesto—. Además, tienes los ojos marrones, el pelo castaño y la tez morena, no creo que nacieras precisamente en la frontera con Canadá.

—Soy de Brooklyn. No hay nada más neoyorquino que yo.

Pongo los ojos en blanco. ¿Cómo no pude darme cuenta de que era un neoyorquino de pies a cabeza? Siempre tan engreídos, tan impertinentes, como si el hecho de que en su permiso de conducir pusiera NY automáticamente los convirtiera en los reyes del mambo y del mundo.

—¿Dónde está el chico con el que charlabas tan animadamente? —inquire socarrón.

Me giro y abro la boca escandalizada. ¿Cómo puede ser tan insolente? ¡Él tiene la culpa de que no haya podido charlar animadamente con Adam!

—Está atendiendo una llamada —respondo displicente.

¿Por qué le estoy dando explicaciones?

—Por supuesto —responde con una media sonrisa en los labios y la mirada fija al frente.

Es obvio que no me cree.

—Imagino que habrá sido una llamada importante —le defiendo.

—¿Quién lo duda? —replica aún más impertinente.

Esto es el colmo.

—Obviamente tú —¡No lo soporto!—. Ilumíname. Según el gran camarero del club de moda, ¿dónde está Adam?

—¿Se llama Adam? —inquire burlón una vez más ignorándome por completo.

—Sí, se llama Adam —respondo malhumorada, apoyándome en el brazo del sofá que está pegado con su tresillo—. Un nombre precioso.

¿Por qué estoy tan a la defensiva? ¿Y por qué sigo dándole explicaciones?

Lolita, espabila de una vez. Sólo es unos ojos bonitos y una sonrisa sexy. ¡Puedes con eso!

—Parecía un poco aburrido.

—Bueno, supongo que no todos pueden entretener a las chicas tan bien como tú —replico.

Chúpate ésa, camarerito.

Sin embargo, él sonríe aún más insolente.

— Eso quién lo duda? —replica saboreando cada letra que pronuncia.

 Dios!  No aguanto más!

Me cruzo de brazos y llevo mi cuerpo y mi mirada al frente. No pienso perder un solo segundo más con él.  Es odioso!

Resoplo con fuerza y trato de concentrarme en la música. Suena *Be the one*,[*] de Dua Lipa. Esa canción me encanta. Resoplo de nuevo. Quiero estrangularlo.  C mo es posible que logre enfadarme de esta manera? Lo conozco desde hace algo así como cinco minutos. Ni siquiera lo entiendo.

De pronto todo mi cuerpo se enciende y, aunque sigo sin comprender por qué estoy reaccionando así, ahora s  que es algo completamente diferente a mi enfado. Nunca había sentido nada remotamente parecido. Me giro despacio, casi asustada, y lo primero que veo son sus increíbles ojos a unos pocos centímetros de los míos. Son preciosos, de un castaño diferente, brillante y lleno de fuerza. Me atrapan por completo, dejándome sin escapatoria en un solo segundo. Max sonríe suave, duro, sexy, todo a la vez, como si supiese exactamente todo lo que estoy pensando, pero también como si una parte de él, absolutamente en contra de su voluntad, se sintiese exactamente como me siento yo.

El espacio cambia entre los dos. Se vuelve nuevo, diferente, mejor.

Exhala el aire controladamente y toda mi atención se centra en sus sensuales labios. Dios, creo que estoy ardiendo por dentro.

— Qui n duda ahora de que est s loca por mí, Mexicanita?

 Qu ?!  Pero quién se cree que es?!

— C mo te atreves a decir algo así...?

Pero antes de que pueda terminar, tomándome por sorpresa, Max se levanta y, apoyando su rodilla en el terso sofá violeta, se inclina sobre mí, coge mi cara entre sus manos y me besa con fuerza.

 No tiene ningún derecho! Trato de zafarme, pero no me lo permite y alarga su beso hasta que mi cuerpo, odi ndolo más que nunca, se rinde por completo a él. Es un malnacido arrogante, un engreído... y, maldita sea, besa de cine.

Max se separa dejándome con ganas de más, pero en el momento en el que se aparta y nuestras miradas se encuentran, me doy cuenta de que no puedo permitir que haga lo que quiera. Tiene la frase «hago sufrir a las chicas casi tan rápido como consigo que se bajen las bragas» escrita en la frente. Además, yo no soy de esa clase de mujeres. Yo no me cuelo por un hombre que claramente no me conviene; no permito que, por muy atractivo que sea, consiga que deje de pensar a los dos segundos de conocerlo, no act o a ciegas...  o s ?

Lo abofeteo y no s  de dónde viene esa rabia, si es por haberme robado un beso o por haber hecho que me replantee todo lo que soy.

Max se humedece el labio inferior a la vez que se lleva la palma de la mano a la mejilla.

—Ha merecido la pena —afirma sin perder la sonrisa y, sin más, simplemente, regresa a la barra.

 Regresa a la barra! No me lo puedo creer. Ni siquiera s  qué pensar. Le he dado una bofetada, s  que estaba implícita la idea de querer que se fuera, pero lo cierto es que no lo tengo tan claro.  C mo hemos llegado a este punto?  Cu ndo me he convertido en la siguiente Pecosa?

— Todo bien? —pregunta Adam acercándose a mí.

Yo lo miro, sólo un segundo, y me levanto como un resorte consiguiendo que se detenga de golpe a unos pasos de mí.

—Muy bien —respondo alisándome mi ceñido vestido rojo—. Llévame a un sitio donde podamos tomarnos una copa más tranquilos.

Adam asiente. Yo sonrío y comienzo a caminar.

Soy Lolita. Soy una mujer lista, y eso implica elegir al hombre educado y respetuoso por encima del que tiene embelesada a todas las chicas y que me ha robado el beso de mi vida.

La decisión ha sido dura. No voy a negarlo.

Salimos del EHON y Adam para un taxi. Sonrío cuando le da la dirección de un club de jazz cerca del parque. He estado allí varias veces. Es un sitio con mucho estilo. Sin embargo, mientras el coche se aleja los primeros metros de la puerta de la disco, no puedo evitar mirar hacia allí un poco desanimada.

Adam está pagando la carrera cuando mi móvil comienza a sonar. Espero que no sea mi jefe otra vez. Esto ya está rozando la esclavitud del Antiguo Egipto. Al encontrar mi BlackBerry, inmediatamente frunzo el ceño. Es Katie.

—¿Qué pasa, cariño?

—Lola, necesito que vengas —me pide llorando como una magdalena—, por... por favor —repite hipando entre sollozos.

Se me cae el alma a los pies. ¿Qué demonios ha pasado?

12.03 a.m.

Miro a Adam, que me observa confuso. Desde luego, si después de esto sigue queriendo que vayamos a tomar una copa, es que está realmente interesado.

—Lo siento muchísimo, de verdad —me disculpo por adelantado—, pero tenemos que volver al EHON.

Adam abre la boca dispuesto a decir algo, pero la cierra rápidamente.

Lolita, lo estás haciendo de fábula.

—Mi amiga me ha llamado llorando. Necesita desesperadamente que vaya.

Le dedico mi mejor sonrisa y mi ensayada mirada de cachorrito. Tengo que poner a funcionar todas mis armas. Finalmente Adam resopla y se deja caer sobre el asiento del coche.

—Llévenos de vuelta al EHON —le indica al conductor.

Yo sonrío de nuevo y también me dejo caer sobre la tapicería de piel.

—Muchas gracias —murmuro.

Adam ladea la cabeza, nuestras miradas se encuentran y me devuelve el gesto. Es muy guapo y su sonrisa es digna de un anuncio de pasta de dientes de esas de triple acción, con flúor y perlas de poder blanqueante.

Alza la mano y suavemente me mete un mechón de pelo tras la oreja.

—Estoy seguro de que merecerá la pena —responde sin levantar sus ojos de los míos.

—Y yo.

Totalmente en contra de mi voluntad, mi mente estúpida y caprichosa se zambulle en el recuerdo de Max y su beso. Aunque me niegue a pensarlo, creo que ese «y yo» no ha sido todo lo sincero que debía ser.

Durante el camino de vuelta, intercambiamos los teléfonos. El taxi aún no se ha detenido del todo cuando veo a Katie atravesar la puerta del EHON como un ciclón. Sigue llorando y está realmente enfadada. Tras ella aparecen Mackenzie y Lara y, apenas un par de segundos después, Donovan.

—Pecosa, quieres parar —le pide frenándose a unos pasos de la puerta—. Te estás comportando como una cría.

Le dijo la sartén al cazo.

Katie finge no oírlo. En ese momento, Mackenzie, a su lado, repara en mi taxi, baja la cabeza y nuestras miradas se encuentran a través de la ventanilla. Le da un toque en el costado y echa a andar hacia mí. Lara y Katie no tardan en seguirla bajo la atenta mirada de Donovan.

—Hola —dice abriendo la puerta y entrando.

También parece preocupada. ¿Tan grave ha sido lo que ha pasado entre estos dos? Mentalmente me preparo para darle una bofetada al señor Brent. La última vez que lo hice, me quedé con ganas de repetir.

Inmediatamente, Katie se monta y tira de la mano de Lara, que se había quedado de pie junto a la

puerta sin saber qué hacer, para que la imite. Me corro hacia el lado y acabo atrapada entre la rodilla de Adam y la de Mackenzie. Somos cinco personas en el asiento de atrás de un sedan amarillo y esto empieza a parecerse al camarote de los hermanos Marx.

—¿Qué es lo que ha pasado? —pregunto sin entender nada.

Nunca me ha gustado no entender nada.

Katie me mira y prácticamente en ese mismo instante la boca se le curva hacia abajo y el labio inferior comienza a temblarle mientras contiene un sollozo y las lágrimas vuelven a caer por sus mejillas.

Donovan Brent, tienes todas las papeletas para ganarte la paliza de tu vida.

—Será mejor que os deje solas —comenta Adam discretamente.

—Muchas gracias —respondo girándome para mirarlo.

Él sonrío de nuevo, abre la puerta y se baja del coche. Inmediatamente ocupamos el espacio que deja vacío, pero seguimos sin estar precisamente cómodas. Continuamos siendo cuatro personas en la parte de atrás de un sedan amarillo.

—Katie, ¿qué ha pasado? —repito.

—Ha sido el imbécil de Donovan —se queja en un susurro como si ya no pudiese contener más esa simple frase.

Yo tuerzo el gesto. Lo sabía.

—Eso no es del todo verdad —replica Mackenzie tratando de sonar lo más conciliadora posible.

La observo todavía más confusa de lo que llegué. Katie la fulmina con la mirada y ella se encoge de hombros.

—Pero, bueno, ¿tú de qué partes estás? —se queja Katie.

—De la tuya siempre —contesta rápidamente—. Abajo los cabronazos —dice cerrando el puño y levantándolo—, pero es que esta vez creo que no ha hecho nada.

Antes de que pueda evitarlo, Katie vuelve a hacer un puchero enorme y rompe a llorar otra vez.

¿Qué demonios ha sucedido?

—¿Alguien va a explicarme de una vez que es lo que ha ocurrido? —clamo alzando las manos.

¡Me estoy desesperando!

—Pecosa, perdón, Katie —se apresura a aclarar Lara—, está preocupada porque piensa que, cuando el embarazo avance, estará enorme y no podrá acostarse con Donovan.

—¿Estás llorando porque no vas a poder echar un polvo? —pregunto escandalizada.

Sí que debe de follar bien el señor Brent cuando la perspectiva de un par de meses sin sexo te deja al borde de la depresión.

—¡Claro que no! —se queja Katie llorosa.

—¿Entonces? —resoplo—. Por el amor de Dios, contadme la historia de una maldita vez.

—Conozco a Donovan, ¿vale? —replica y tengo la sensación de que el llanto se ha transformado en furia sobrealimentada por las hormonas del embarazo—. No va a aguantar varios meses sin sexo. Para él es algo instintivo. Lo necesita como el respirar. Son sus propias palabras, y es guapísimo.

—¿A qué viene recordar eso? —pregunta Mackenzie—. ¿Te estás castigando?

Tengo que hacer auténticos malabarismos para no sonreír. Katie frunce los labios y finge no oírla.

—Lo que estoy tratando de explicar es que un día se presentará una mujer despampanante en su trabajo, en el club o simplemente en la calle, caerá rendida a sus pies y le ofrecerá lo que yo no podré darle y él dirá que sí.

Mackenzie, Lara y yo nos miramos. Donovan es muchas cosas, un gilipollas cabronazo, por

ejemplo, pero nadie que lo conozca durante más de dos segundos podría dudar de que está loco por Katie.

—Te estás equivocando —digo sin asomo de dudas.

Katie alza la cabeza y me mira extrañada. Supongo que por toda mi vehemencia y supongo que también por estar defendiendo a ese idiota.

—¿Por qué me estás haciendo esto? —me quejo en voz alta—. No me puedo creer que lo esté defendiendo —gruño entre dientes justo antes de resoplar—. Donovan te quiere y te quiere de verdad. Nunca te engañaría.

Mackenzie asiente ante cada una de mis palabras.

—Yo no os conozco desde hace mucho —añade Lara, tímida—, pero creo que, desde el primer día que coincidí con Donovan y contigo en la oficina, tuve claro que está enamorado de ti, aunque no deje que tú lo veas muy a menudo.

Katie, atenta a cada una de sus palabras, sonrío como una idiota.

—Eso es porque es un gilipollas —replico divertida.

—Cállate —me ordena Mackenzie a punto de echarse a reír.

—Lo sabes tan bien como yo —susurro en voz baja fingiéndome discreta pero asegurándome de que todas me han oído.

La pelirroja vuelve a sonreír y todas lo hacemos con ella. Yo agacho la cabeza y observo a Donovan a unos metros del coche mirándolo con cara de pocos amigos. Lo conozco y ahora mismo está furioso, pero, sobre todo, angustiado. Sólo quiere hacer las cosas bien con su Pecosita.

—¿Entonces? —inquiero mirando de nuevo a Katie, buscando que capte la moraleja del cuento y entienda que va a ser más que feliz con Donovan y su bebé.

En ese momento golpean la ventanilla. Todas nos giramos y Lara baja el cristal. En cuanto inclina su perfecto cuerpo y su rostro aún más increíble aparece por la ventanilla, creo que las cuatro contenemos un suspiro. ¿Se puede ser más guapo? Roza la injusticia divina.

—Señoritas —nos saluda Jackson Colton.

Su pedestal debe de ser de elegante mármol italiano y está recubierto con la lencería de todas las mujeres que se tiran a sus pies.

—Imagino que estáis manteniendo una conversación de lo más interesante...

Atrapa la mirada de Lara y al instante se forma a su alrededor una burbuja que sólo les incumbe a ambos.

—... pero yo tengo unos asuntos que resolver con la señorita Archer —sentencia sin levantar sus ojos de ella.

—Todo es por culpa del capullo de tu amigo —replica Katie tras contener un sollozo.

Mi mirada se llena de tristeza. Toda esta situación es de lo más ridícula, todos lo sabemos, pero Katie está realmente asustada. De verdad piensa que Donovan se cansará de ella.

Jackson se gira, observa a su amigo y después centra sus ojos verdes en Katie. Sólo necesita contemplarla un segundo para que su mirada se llene de indulgencia y mucha dulzura. Jackson sabe tan bien como yo cuánto se quieren estos dos y cuánto sufrieron para poder estar juntos.

—Estoy casi seguro de que no te equivocas —comenta tratando de hacerla sonreír y, a pesar de las lágrimas, los sollozos y los mocos, lo consigue—, pero no seas muy dura con él. Está loco por su chica.

Apenas ha terminado la frase cuando vuelve a llevar su vista a Lara, consiguiendo con esa espectacular mirada que ella sólo pueda pensar en él.

—No es el único —apuntillo con una sonrisa.

No sé por qué, ver al cazador cazado me da una extraña satisfacción.

Jackson esboza una media sonrisa algo dura y muy sexy y, apoyando la mano en la ventanilla, se separa del taxi.

—Baja —pronuncia con el tono de voz perfecto.

Abre la puerta y ayuda a Lara a salir. Si no fuera imposible, diría que he visto saltar chispas al tocarse sus manos.

Cuando está de pie frente a Jackson, ella sonrío tímida y muy dulce y baja la cabeza. Él coloca la mano en su barbilla y suavemente la obliga a volver a alzarla justo antes de besarla.

—Quiero llevarte a casa —susurra hecho sensualidad pura.

Lara asiente absolutamente perdida en él y, antes de darnos cuenta, Mackenzie y yo también asentimos. Al hacerlo, nos miramos y, a punto de estallar en risas, despertamos de nuestra ensoñación a tiempo de ver cómo la coge de la mano y echan a andar. Es absolutamente perturbador.

—Bueno, ¿qué me dices? —le pregunto a Katie reconduciendo la conversación y alejando todos esos pensamientos en los que Jackson Colton aparece desnudo y en mi cama o, en su defecto, con una toalla inmaculadamente blanca rodeando su cintura.

Desde luego Lara Archer es una chica con suerte.

—No lo sé —se sincera.

—¿Has hablado de esto con él?

Katie asiente.

—¿Y?

—Me dijo que eran tonterías, que me quería y que las otras mujeres sobraban para él.

—¿Y? —repito socarrona.

Tiene que dejar sus miedos a un lado y darse cuenta. Es más que obvio que ese gilipollas la quiere de verdad y nunca la engañaría.

—Que yo también le quiero.

—Pues entonces, Katie —replico al borde de la risa otra vez—, deja de preocuparte por estupideces y disfruta de todo lo que te está pasando. Donovan y tú vais a ser muy felices y no me puedo creer que vaya a decir esto, otra vez —especifico haciendo hincapié—, pero ese malnacido alemán está siendo sincero. Nunca te engañaría.

Katie sonrío y mira por la ventanilla. Donovan sigue de pie, en el mismo sitio. Extiende sus brazos en una señal de pura desesperación y acaba pasándose las manos por el pelo. La sonrisa de mi amiga se ensancha y finalmente abre la puerta del coche y sale. Sin embargo, no ha dado más de un par de pasos cuando se detiene. Apuesto a que ahora mismo se siente de lo más tímida, incluso algo avergonzada, por lo que acaba de pasar. Donovan resopla y, tras lanzar un juramento ininteligible, probablemente en alemán, echa a andar hacia su prometida, la estrecha con fuerza y la besa absolutamente indomable.

Sonrío encantada. Por mucho que me queje, la hace feliz y yo no necesito más.

Suspiro aliviada por que esta pequeña crisis se haya resuelto y ladeo la cabeza. Mi mirada se encuentra con la de Adam. Él sonrío paciente y yo le devuelvo el gesto. Estoy a punto de decirle que regrese al taxi y vayamos a ese club de jazz tan pésimamente iluminado cuando caigo en la cuenta de que Mackenzie sigue en el coche. Me giro hacia ella con el ceño fruncido y la encuentro mordisqueándose el pulgar con la mirada perdida en su ventanilla. Trabajamos juntas desde hace más de un año y sé que, cuando hace eso, sólo puede significar dos cosas: que está muy nerviosa o que está sopesando opciones antes de tomar una decisión.

—¿Te encuentras bien? —inquiero.

Ella asiente rápido, demasiado rápido. Me está mintiendo descaradamente.

Abro la boca dispuesta a echárselo en cara, pero la puerta de la disco cerrándose me distrae. Colin acaba de salir. Mira a Donovan y a Katie y sonrío e inmediatamente centra su atención en el taxi. Yo alzo la mano para saludarlo...

—Arranque —casi grita Mackenzie.

—¿Qué pasa? —pregunto absolutamente confundida.

—¿Adónde? —pregunta el taxista.

—Donde sea —replica ella—. Arranque. Arranque. Arranque.

—Arranque. Arranque —repito.

No entiendo nada, pero es obvio que necesita salir de aquí.

El conductor resopla, mueve la palanca de cambios y el coche echa a andar. Adam da un paso hacia el taxi tan confundido como yo. Junto las manos y pronuncio un «lo siento» sólo con los labios.

—¿Qué demonios te pasa? —pregunto alarmada cuando el taxi toma la Séptima Avenida.

—No me pasa nada —responde avergonzada.

—¡Y un cuerno! —protesto—. Te ha faltado ofrecerle mil dólares al taxista con tal de que te sacara de esa calle.

El conductor abre mucho los ojos y me mira a través del espejo retrovisor.

—Eso no va a pasar —le aclaro—. Y mire a la carretera —le reprendo acto seguido—. No puedo permitirme acabar en urgencias esta noche, estreno zapatos.

—Es que... —comienza a decir nerviosa.

Olvido al taxista y le presto toda mi atención a Mackenzie.

—Yo... Por Dios, estoy hecha un lío —continúa.

—¿Con qué? —frunzo el ceño. Acabo de tener un pálpito—. ¿Con quién?

Ella me mira, pero no es capaz de mantener el gesto mucho tiempo y acaba centrando sus bonitos ojos heterocrómicos, uno azul y otro verde, en sus propios dedos.

—Con Colin —se sincera.

—¿Fitzgerald? —pregunto o grito, no lo tengo muy claro.

Mackenzie me chista, como si el simple hecho de decirlo en voz alta la pusiera más nerviosa. Debería.

—¿Estás enamorada de Colin Fitzgerald? —inquiero extremadamente bajo para compensar.

—No —replica sin asomo de dudas—. Claro que no.

—Pues menos mal —respondo aliviada—. No quiero tener que atarte a una silla en tu apartamento mientras te consigo un billete a Islandia.

—No es para tanto.

Au-to-en-ga-ño.

—Colin Fitzgerald es el mayor mujeriego de Nueva York y no hablo de Nueva York ciudad, hablo de Nueva York estado, puede que incluso de Nueva York como capital de todo Occidente. —Extiendo las manos para reafirmarme en la idea de que hablamos de muchos, muchísimos, kilómetros cuadrados.

Mackenzie rompe a reír por mi comentario y yo no tardo en hacer lo mismo. Aun así, me reafirmo en cada una de mis palabras. Enamorarse de Colin es una idea terrible. Soy plenamente consciente de que no es la primera vez que pronuncio este claro mensaje acerca de uno de los socios de Colton, Fitzgerald y Brent, pero sé que no me equivoco y creo que el propio Colin me daría la razón. Él no quiere novias. Es así de simple.

Sin embargo, sólo necesito mirarla un par de segundos para darme cuenta de lo que realmente

pasa.

—Te gusta mucho, ¿verdad? —le pregunto con una suave sonrisa en los labios.

Ella me mira durante un par de segundos y finalmente se encoge de hombros.

—Sí —se sincera una vez más.

Yo resoplo y me dejo caer en el asiento.

—Al Hotel Chantelle —informo al taxista.

La noche va a ser larga.

Llegamos al bar del pequeño hotel en cuestión de minutos. Nos sentamos en nuestra mesa de siempre y nos pedimos unos cócteles. Después de media copa, Mackenzie me explica que siempre le gustó Colin, prácticamente desde que entró a trabajar como recepcionista para Colton, Fitzgerald y Brent, pero que él nunca había mostrado más interés en ella que las bromas y el coqueteo que tiene con cualquier mujer.

—Sólo me parece guapo —me aclara rotunda—. No pienso en él hasta dormirme ni nada por el estilo.

—¿Entonces? —pregunto acariciando el bajo de mi copa—. ¿Por qué hoy?

—Porque hoy él se ha fijado en mí.

Tuerzo el gesto a la vez que asiento. Ya me había dado cuenta.

—Supongo que es complicado hacer lo que una sabe que tiene que hacer con semejante hombre tirándote los trastos.

—Ni siquiera sé cómo he conseguido pensar con claridad y salir de allí a tiempo. Si Katie no llega a aparecer llorando, creo que ya estaríamos en su casa.

—Maldita sea —replico más admirada de lo que me gustaría—. ¿Tan bueno es?

Mackenzie asiente resignada. Ya había escuchado algunas leyendas urbanas sobre Colin Fitzgerald, como lo increíble que es en la cama, que el mayor tiempo que ha estado sin sonreír han sido quince segundos o que ninguna mujer le ha dicho nunca que no, pero parece que la realidad supera al mito.

—Pues está claro que tenemos dos opciones. —Mackenzie asiente de nuevo—. Una: volvemos al EHON, y dejas que el señor Fitzgerald te lleve a su casa y te eche el polvo de tu vida.

Vuelve a asentir, esta vez mucho más entusiasmada.

—No asientas todavía —protesto al borde de la risa—. Ni siquiera has escuchado la opción número dos.

—Es cierto —se lamenta.

Le dedico mi mejor mohín. Se lo ha ganado.

—U opción número dos: sigues siendo la mujer fría y con gran inteligencia que estás siendo. Te vas a tu casa, te metes en la cama odiándote por haber elegido esta alternativa y esperas a que a Colin se le pase el capricho. Algo que durará aproximadamente —alzo la cabeza fingiendo hacer unas cuentas complicadísimas— unos quince minutos.

Mackenzie sonrío nerviosa, se lleva los pulgares a los dientes y observa fijamente su copa. Está sopesando alternativas.

—Creo que prefiero el polvo de mi vida.

Frunzo los labios.

—No sé por qué, sospechaba que te quedarías con la segunda opción.

Ambas sonreímos. ¿Quién podría culparla?

—Pero ten cuidado —sentencio. Ya no sonrío. No quiero que piense que sigo bromeando—, nada de enamorarse.

—Palabra —responde alzando la mano derecha como si prestara juramento.

Nos terminamos la copa y salimos del local en busca de un taxi para regresar a la disco.

—¿Sabes qué es lo peor? —comenta Mackenzie—. Que me siento un poco estúpida.

Yo sonrío al tiempo que entrelazo mi brazo con el suyo. Sé perfectamente a qué se refiere.

—Colin lleva un letrero en la frente que dice «hago sufrir a las chicas casi tan rápido como consigo que se bajen las bragas».

Sus palabras me hacen detenerme en seco. Son exactamente las mismas con las que yo definí a Max. ¿Qué nos pasa a las mujeres? ¿Tenemos claro el peligro y no sabemos huir de él? Puede que yo me marchara con Adam, pero, en el fondo, involuntariamente, no he podido dejar de pensar en Max. ¿Tan kamikazes somos?

—No quiero acabar llorando como una idiota... —continúa girándose.

—No deberías acostarte con Colin —la interrumpo caminando hasta ella—. Es un error y tú misma lo sabes. Puede que ahora no estés enamorada, pero sí te gusta, y que el sexo sea alucinante no va a ayudar precisamente a que te olvides de él.

Mackenzie me mira confusa. Me pregunto para quién era ese discurso tan bien intencionado, si para ella o para mí.

—Creo que deberíamos empezar a tomar decisiones más sabias —sentencio.

Ella me mira un par de segundos y finalmente resopla.

—Supongo que tienes razón.

De pronto me siento muy culpable. Me estoy dando un escarmiento en toda regla a costa de mi amiga.

—Tú sólo piénsatelo, ¿vale?

—Vale. En algún momento tenemos que empezar a ser las chicas listas que se supone que somos —bromea.

—No lo habría expresado mejor.

Por eso se acabó pensar en Max. Para mí sólo existe Adam. ¡Adam! ¡Maldita sea! ¡He olvidado llamarlo! Me detengo en seco otra vez y saco mi BlackBerry del *clutch*. Busco su número en la agenda y llamo. Si ni siquiera quisiese contestar, no podría culparlo.

—No mováis un puto dedo. —La voz me llega mezclada con un rancio olor a alcohol.

Estoy a punto de girarme cuando algo puntiagudo toca mi costado sólo un segundo. Inmediatamente me alejo un paso en dirección a Mackenzie y las dos observamos al borde del pánico al hombre que nos apunta con una navaja mientras nos recorre con una mirada lasciva y desagradable de pies a cabeza.

—Lola... —oigo que me llama Adam al otro lado de la línea telefónica—. Lola...

Estoy tan asustada que soy incapaz de responder.

1.15 a.m.

—Nada de gritar —nos advierte limpiándose la boca torpemente con el reverso de la mano—. Dadme todo lo que llevéis.

Ninguna de las dos se mueve. Es como si nuestros cuerpos no fuesen capaces de obedecer a nuestros cerebros.

—¡Vamos! —grita.

Salgo de mi ensoñación. Aprieto nerviosa mi *clutch* mirando a mi alrededor. Joder. ¿Por qué no hay una sola persona en esta maldita calle?

El tipo comienza a impacientarse y nos quita los bolsos de las manos. Los abre repartiendo su vista entre nosotras y los *clutch* y tira al suelo lo que no le interesa hasta quedarse con nuestras carteras y el móvil de Mackenzie.

Nos observa con el gesto torcido y la respiración acelerada.

—¿Lleváis joyas?

—No —respondo.

Nos observa más concienzudamente unos segundos al tiempo que vuelve a limpiarse la boca.

—Dame el teléfono —gruñe arrancándomelo de las manos antes de que pueda tendérselo—. Si me seguís o gritáis —dice empuñando la navaja con más fuerza—, os rajo, ¿entendido?

—Sí —pronunciamos al unísono tímidamente.

El desgraciado da un paso atrás sin levantar su mirada de nuestras caras, tratando de intimidarnos hasta el último segundo, y echa a correr.

Al verlo alejarse, suelto todo el aire contenido en una bocanada. Sin darme cuenta había reprimido el aliento hasta vernos a salvo.

—¿Estás bien? —pregunto nerviosa.

—Sí —responde Mackenzie con idéntico estado de ánimo—. ¿Y tú?

—Sí.

Vuelvo a mirar a mi alrededor y doy un paso hacia nuestras cosas desperdigadas por la acera de la calle Orchard.

—Maldito desgraciado —me quejo agachándome para recoger mi bolso.

Ahora que se ha largado, me siento más valiente.

—Nos hemos quedado sin móviles, sin dinero y sin tarjetas —se lamenta Mackenzie arrodillándose junto a mí y rescatando su pequeño *clutch* negro.

—¿Cuánto dinero llevabas?

—Setenta dólares.

—Eso es un sombrero bonito en Macy's.

Ahora la que se lamenta soy yo.

Seguimos recogiendo las cosas. Mackenzie camina hasta un pequeño parterre y atrapa mi *gloss*,

que había rodado hasta allí.

—¿Caminamos hasta el EHON? —me pregunta resignada, tendiéndomelo.

—Son más de veinte manzanas.

Ella se encoge de hombros a la vez que tuerce el gesto. No creo que tengamos muchas más opciones, pero entonces recuerdo algo. Abro el bolso y lo reviso rápida.

—Aquí está —digo mostrándole una tarjeta—: por suerte, ese idiota no tiró el teléfono de Tony —Mackenzie me mira sin comprender nada—, el taxista que nos llevó a la disco. Me dio su tarjeta por si lo necesitábamos y está claro que lo necesitamos. Volveremos al bar del hotel y lo llamaré. Él nos llevará al EHON y allí buscaremos a Katie.

Hacemos exactamente eso. Regresamos al hotel Chantelle, le pedimos al camarero que nos deje hacer una llamada y avisamos a Tony. No tarda en recogernos y llevarnos de vuelta al club. Podríamos habernos ido directamente a casa, pero ninguna de las dos quería meterse en la cama con el susto en el cuerpo.

—Muchas gracias, Tony —le digo cuando el taxi enfila la calle de la discoteca—. Entraré, buscaré a mi amiga y te pagaremos la carrera.

—No te preocupes, preciosa —replica—. Lo importante es que vosotras estéis bien. La carrera corre de mi cuenta.

Le sonrío a través del espejo retrovisor como respuesta.

Tony detiene su Chevrolet a unos pasos de la puerta.

—Ahora id a buscar a vuestra amiga. No voy a marcharme hasta asegurarme de que la encontráis.

—Muchas gracias, Tony —dice Mackenzie justo antes de girarse y tirar de la manilla de la puerta.

Salgo tras ella y entramos en el local. Creo que hay incluso más gente que hace unas horas. Suena *How deep is your love*,[*] de Calvin Harris, y más de doscientas personas lo dan todo en la pista de baile. Sólo con dar un paso, mi mirada vuela involuntariamente hacia la barra.

Sentido común, si en algún momento vas a hacer acto de presencia, sería ideal que fuera éste.

Resoplo y me obligo a centrar mi vista al frente. Cruzamos la discoteca y no tardamos en llegar a los reservados. Frunzo el ceño al ver a Katie sentada sola en el sofá violeta. ¿Dónde están los demás?

—¿Qué hacéis aquí? —pregunta al vernos.

—Nos han atracado —suelto sin más.

Al oír mis palabras, Katie da un respingo y se levanta como un resorte.

—¿Estáis bien? —inquire acelerada.

—Sí. Ha sido el susto... y los móviles —añado tras recapacitar un segundo— y las tarjetas.

Me dejo caer abatida en el sofá y la pelirroja lo hace a mi lado.

—Lo siento mucho —trata de consolarme.

—Yo necesito una copa —nos informa Mackenzie.

Yo también, pero copa es igual a barra, barra igual a camarero roba besos, y camarero roba besos igual a Max, y ése no es un camino por el que me pueda permitir ir.

—¿Te traigo una? —añade.

Asiento rápidamente. Acaba de salvarme.

—Donovan está en la barra —la informa Katie—. Él te pagará las copas.

Mackenzie se pierde entre la multitud y yo vuelvo a resoplar. ¿Por qué los más cabronazos son siempre los más guapos? Definitivamente es una auténtica injusticia. Seguro que Dios, cuando nos expulsó del paraíso, aparte de lo del sudor de tu frente y parir con dolor, se acercó al oído de Eva y susurro «y todos los hombres que van a hacer que te tiemblen las rodillas van a ser tan increíblemente guapos que ni siquiera vas a tener una mísera oportunidad de salir corriendo sin

mirar atrás». Ése fue el verdadero castigo divino.

—Tengo una idea —me propone Katie—. Voy a buscar a Donovan y le diré que me quedo a dormir en tu casa. También puede venir Mackenzie y llamaremos a Harper. No quiero que pases la noche sola.

Yo la miro unos segundos y finalmente niego suavemente con la cabeza. Se lo agradezco, pero no es necesario. Ella me mira con cara de corderito. Creo que se siente culpable por haberme hecho volver cuando estaba camino del club de jazz.

—No hace falta —me reafirmo.

—Sí, sí que hace. Avisaré a Donovan —sentencia resuelta, levantándose.

La verdad es que una noche de chicas sería genial.

—¿Dónde está Donovan?

La pregunta de Katie me hace alzar la cabeza y descubrir a Colin a unos pasos de nosotras.

—En la barra —responde tendiéndole un margarita sin—. Se ha encontrado con Ryan Riley y están hablando de negocios.

¿Ryan Riley? ¿El hombre más rico y guapo de la costa este? Creo que debería ir a echar un vistazo.

—¿Y tú qué haces aquí? —pregunta Katie confusa.

—La gente que tiene más dinero que yo me cae mal —responde como si fuera obvio, llevándose un vaso bajo con Glenlivet a los labios.

Tras apenas un segundo, sonrío travieso. No tiene remedio. Las dos imitamos su gesto y mi amiga me señala la barra con la mano para indicarme que va a buscar a su prometido.

Colin se sienta a mi lado, apoya el codo en el tresillo y se acomoda a la vez que da un largo suspiro. Yo cruzo las piernas y por un momento los dos miramos hacia la multitud. Mackenzie aparece en nuestro campo de visión caminando decidida hacia la barra. Al verla, Colin sonrío. Un gesto medido, duro y sexy.

—¿Y tú qué? —pregunto perspicaz.

Colin me observa y su sonrisa se ensancha. ¿Cuántas bragas habrá bajado esa sonrisa?

—Yo sólo te quiero a ti, Lola —responde sin ningún remordimiento, colocándose bien la chaqueta—, pero lo nuestro es un amor imposible. Donovan dejaría de hablarme aparece en nuestro campo de visión y camina decidida hacia la barra si le obligo a compartir mesa contigo en el *brunch*.

Contengo una sonrisa y me finjo tan seria como él.

—Lo sé —respondo—. Además, soy mucha mujer para ti.

Él sonrío suave pero muy sincero.

—De eso no tengo ninguna duda.

Creo que ése es el principal problema con Colin Fitzgerald. Al final, no sé cómo, siempre consigue que caigas a sus pies.

Mackenzie caminando hacia nosotros nos distrae a los dos. La mira de arriba abajo y, por la manera en la que ella está a punto de tropezar y tirar al suelo nuestros margaritas, es obvio que se ha dado cuenta.

—Pórtate bien —le pido.

Colin me observa por el rabillo del ojo a la vez que se levanta y da un paso para salir al encuentro de Mackenzie, atrapando inmediatamente su mirada. Ella se detiene y suspira un poco superada por la situación. Sexy y decidido, Colin devora la distancia entre los dos y, con una sonrisa de lo más socarrona, le quita las copas de las manos, como si supiese exactamente que van a acabar en el suelo por culpa de sus encantos, las deja sobre la pequeña mesa de diseño y se gira de nuevo hacia

ella. Colin me observa por el rabillo del ojo

—Vámonos —le ordena en un sensual susurro.

Ella tartamudea sin ser capaz de dar una respuesta coordinada. Está intentando resistirse por todos los medios y creo que eso sólo está provocando que Colin la desee todavía más.

Segunda regla de los cabronazos: para ellos, una chica difícil es lo mismo que cubrir de globos y algodón de azúcar el trofeo. Siempre quieren lo que alguien, a veces simplemente ellos mismos, les ha dicho que no pueden tener.

—¿Me tienes miedo? —pregunta impertinente, divertido y aún más atractivo.

—Creo que un poco —se sincera mi amiga—. Tengo sentido común, ¿sabes?

Él sonríe encantadísimo con la respuesta que acaba de oír y le tiende la mano a Mackenzie.

—Vamos —dice lleno de seguridad, pero no toma la suya y la obliga a caminar con él como hizo antes. Quiere que sea ella quien coja su mano, quien se rinda.

Antes hablé de leones y gacelas. Me equivoqué. En este tablero juegan dioses y pobres mortales.

Mackenzie duda, pero finalmente alza su mano y la coloca sobre la de él. Colin reacciona estrechándola con fuerza, tirando de ella y empezando a caminar.

—¿Estarás bien sola, encanto? —me pregunta Fitzgerald deteniéndose a unos pasos.

—Sí, divertíos.

Él asiente y comienzan a andar de nuevo. Mi mirada se cruza con la de Mackenzie. Ella se muerde el labio inferior y sonríe culpable. Yo le devuelvo la sonrisa. Doy fe de que ha luchado todo lo que ha podido.

Estoy a punto de tomarme mi margarita de un trago cuando recuerdo que Tony me espera fuera. Me levanto y me dirijo hacia la puerta. Apenas me he separado unos pasos de la mesa cuando me vuelvo, le doy un trago a mi cóctel y echo a andar de nuevo. Me merezco un poco de alcohol, aún me dura el susto en el cuerpo.

Salgo de la disco, pero no tardo en detenerme. No hay rastro de Tony ni de su taxi. Miro a ambos lados de la calle y suspiro con fuerza. Imagino que se habrá cansado de esperar. Para asegurarme, recorro la 26 hasta la avenida. Ha sido muy amable con nosotras, lo mínimo que le debo es cerciorarme de que no está esperándonos.

Conforme me alejo del club, el ambiente se mitiga hasta quedarse tenebrosamente mudo. La calle a estas alturas está desierta. Tomo el callejón. Ya puedo ver los coches atravesando rápidos la Séptima. Me niego a estar asustada, pero desde luego el escenario es como mínimo lúgubre. Además, soy latina. Todo el mundo sabe que los hispanos nunca sobreviven en las pelis de miedo, aunque, por lo menos, no soy negra. Ellos siempre mueren los primeros.

De pronto un gato salta de un contenedor de basura a unos pasos de mí a la vez que maúlla con fuerza.

—¡Joder! —grito.

Doy un respingo y el corazón se me acelera. Maldito gato. Me ha dado un susto de muerte.

El animal negro y blanco pasa a mi lado sin inmutarse y yo lo fulmino con la mirada, aunque no tardo en sonreír. Siempre me han gustado los gatos. Además, me recuerda que, gracias a mí, uno le está haciendo la vida imposible al señor Brent...

—No te muevas.

Esa voz.

Me giro confusa y me encuentro cara a cara con el mismo tipo horrible que nos atracó hace más o menos una hora.

—¿Tú? ¿Otra vez?

—Dame todo lo que lleves —me amenaza con la navaja.

No puede estar hablando en serio.

—¡No tengo nada! —protesto indignada—. Ya me has atracado esta noche, idiota.

Soy plenamente consciente de que no debería llamarlo idiota, pero es que no me puedo creer que me esté atracando ¡otra vez!

El tipo me mira tratando de recordarme.

—¿A cuántas chicas has atracado hoy? —inquiero escandalizada.

Vuelve a hacer memoria. ¡Esto es el colmo!

—No lo sé —responde al fin—. Da igual. —Este tío sí que sabe conseguir que una mujer se sienta especial—. Dame tus zapatos.

—No.

Son mis Manolos nuevos. Tendrás que arrancarlos de mis pies sin vida.

—Dámelos.

—Son unos Manolos —trato de hacerle entender— y los estoy estrenando.

Por favor. Por favor. Por favor.

—Dámelos —repite.

Estoy a unos cien metros de una discoteca abarrotada de gente, ¿en serio no va a aparecer nadie?

Empuña la navaja con fuerza. Una parte de mí tiene clarísimo que no puedo pelearme con él. La otra, está repasando lo que aprendió de *krav magá* la semana y media que estuvo apuntada en el gimnasio.

—¡Dámelos! —grita.

¡Maldita sea! No me lo puedo creer. He estado cenando ensalada tres semanas para ahorrar lo suficiente para comprármelos y, de paso, estar divina con este vestido... pero eso es otra historia.

—No es justo —gimoteo quitándomelos.

—Me importa una mierda —gruñe cogiéndolos.

Yo no los suelto y nos adentramos en un absurdo tira y afloja.

—Suelta —sentencia enseñándome la navaja.

No tengo otro remedio. ¡Joder!

—Eres un malnacido.

El tipo vuelve a amenazarme con la navaja y finalmente se marcha con mis zapatos de 456 dólares. Miro a mi alrededor a punto de echarme a llorar. ¿Qué más puede pasarme hoy? Desde luego esta noche no voy a olvidarla fácilmente.

Ahora mismo sólo quiero irme a mi casa, darme un atracón de nubes y meterme en la cama. Sin embargo, con el primer paso que doy, me freno en seco arrepintiéndome y muriéndome de asco al mismo tiempo. Estamos en Nueva York y estoy descalza. Voy a acabar pillando la disentería.

Suspiro hondo y me mentalizo.

Tú puedes con esto, Lolita. Has salido, entrando y permanecido en cosas peores y lo sabes.

Abro los ojos y miro lo que me rodea más concienzudamente. De pronto unas voces y el suave sonido de *Roses*,[*] de The Chainsmokers, me distraen. Miro hacia el local y veo la puerta trasera de pesado hierro negro abierta y, junto a ella, a dos camareras charlando y fumando. Sonrío aliviada. Ellas podrán ayudarme. Empiezo a caminar en su dirección con muchísimo cuidado, y, cuando sólo he dado un par de pasos, la música aumenta de volumen, como si alguien hubiese abierto una puerta previa a esa negra, y a los pocos segundos Max aparece tan condenadamente guapo y seguro de sí mismo como siempre.

—Dios, ¿qué te he hecho? —me quejo bajito pero muy enérgica mirando al cielo—. No mato ni

robo. Sólo te he pedido que Donovan Brent se quede calvo y tampoco me haces caso en eso. No me lo merezco.

Max alza la cabeza y repara en mí. Yo resoplo observándolo. Definitivamente no es nada justo. Una sonrisa de lo más socarrona inunda sus labios mientras me barre de arriba abajo. Sin embargo, al llegar a mis pies, frunce el ceño y su mirada cambia por completo. Parece preocupado y eso me descoloca como pocas cosas en mi vida.

—¿Qué ha pasado? —pregunta caminando hasta mí—. ¿Por qué no llevas zapatos?

—Acaban de atracarme y es la segunda vez esta noche —me sincero chocando las palmas de mis manos contra mis costados.

Aunque es lo último que quiero, y mucho menos delante de él, mi pecho se hincha violentamente y un sollozo escapa de mis labios. Estoy sobrepasada. No es nada justo. Una lágrima cae por mi mejilla, pero me la seco rápidamente. Debe de pensar que soy la mujer más ridícula del mundo.

Max exhala controlado todo el aire de sus pulmones sin levantar sus ojos de los míos.

—¿Quién te ha atracado? —pregunta tratando de sonar sereno. Fracasa estrepitosamente. Está furioso.

Antes de que pueda decir nada, lleva su vista al callejón.

—Ha sido allí, ¿verdad? —ruge echando a andar en esa dirección.

Está realmente enfadado, pero ¿por qué le importa tanto? Ni siquiera somos amigos.

—Para —le pido agarrándolo del brazo.

Mi única palabra se esfuma en mis labios. Nuestros cuerpos entran en contacto y una corriente eléctrica me recorre de pies a cabeza. Es más que un simple chispazo. Toda la adrenalina, la excitación y el placer anticipado del mundo estallan dentro de mí.

Max también lo nota. Mira mis dedos tocando su piel y automáticamente atrapa mi mirada, aprisionándome irremediabilmente en su red.

Las alarmas saltan ruidosas. Esto es justo de lo que tengo que escapar.

—No te preocupes —murmuro separándome de él—. Ese tipo salió corriendo. Ya debe de estar lejísimos de aquí.

Max no me libera de su mirada. Asiente y da el mismo paso hacia mí que yo di para separarme de él.

—¿Y tú qué tal estás? —inquire alzando la mano y acariciándome suavemente la mejilla.

—Creo que estoy bien —musito.

Pero en el fondo no lo estoy. Me han atracado. He perdido el móvil, las tarjetas, el dinero y los zapatos. He perdido mi oportunidad de salir con Adam.... ¡Y ni siquiera tengo claro que quisiese estar con él! Creo que ahora mismo lo único que deseo de verdad es que Max me mire exactamente así.

—No quiero que te preocupes, Mexicanita —me ordena en un susurro ronco y muy sensual—. Voy a cuidar de ti, ¿vale?

Los nervios burbujean en la boca de mi estómago y, totalmente en contra de mi voluntad, las mariposas empiezan a revolotear. ¿Qué me pasa? No quiero estar con él. No puedo querer estar con él.

—Muchas gracias, Max.

—Me gusta —pronuncia robándome la reacción.

—¿El qué? —inquiero confusa.

Por lo menos no tartamudeo.

—Tu boca diciendo mi nombre —sentencia con una sonrisa canalla.

Sin más, su sonrisa se ensancha mientras vuelve a mirarme de arriba abajo sin ningún disimulo y

echa a andar.

—¿Qué número de pie tienes? —pregunta girándose y caminando hacia atrás.

—Un cuarenta y uno.

—Vaya —replica mitad sorprendido, mitad burlón—. Eso es un pie muy grande, Mexicanita.

Yo le dedico un mohín de lo más infantil tratando de no avergonzarme. Detrás de ese número está toda mi historia y no quiero contársela; al menos, no todavía.

—Lo entiendo —añade encogiéndose de hombros—. Esos pies tienen muchas curvas que soportar.

Ahora lo que lucho por contener es una sonrisa. Es un auténtico sinvergüenza.

—¿Qué edad tienes? —pregunta sin detenerse.

—Veintiséis —respondo ya sonriendo.

—Esto se nos va a dar realmente bien.

Finalmente se vuelve y entra de nuevo en el local. Yo lo observo hasta que desaparece siguiendo la estela de la música. Las otras camareras también lo siguen con la mirada, parece que no sólo las clientas caen bajo sus encantos, después se miran entre ellas y, a continuación, a mí. Yo les dedico una sonrisa algo incómoda y doy un paso atrás. ¡Qué asco! Cierro los ojos resignada. Definitivamente voy a morir por disentería.

Max regresa unos quince minutos después. Lleva una caja entre las manos. Se detiene junto a las dos chicas. Hablan un par de segundos y ellas, tras dedicarle unas sonrisas enormes, asienten y regresan dentro. En cuanto consigue lo que quiere de sus compañeras, clava su vista en mí y comienza a andar en mi dirección logrando que su atractivo brille más que nunca.

Tercera regla de los cabronazos: en el momento más inesperado, sin ningún motivo en especial y tomándote absolutamente por sorpresa, de repente parecen más atractivos, más misteriosos, más guapos, incluso más altos. Todo con la única intención de torturarte un poco más.

Max me tiende la caja.

—Vamos —ordena para que lo siga, regresando a la puerta.

Al llegar a la entrada trasera del club, se gira para asegurarse de que lo estoy observando, se mete la mano en el bolsillo de sus vaqueros oscuros y saca un paquete de Marlboro y un Zippo reluciente. Se lleva el pitillo a los labios. Enciende el mechero con una mano y resguarda la llama con la otra mientras me observa sexy, dejando que el reflejo de la llama y toda la situación lo vuelvan aún más misterioso, más sensual, más todo.

Uau.

Los cabronazos a veces lo hacen porque sí y otras consiguen que toda la situación se convierta en una señal gigante que los apunta y dice «jamás vas a encontrar a otro hombre que haga que te tiemblen las rodillas como yo».

Lolita, vuelve a la realidad. Es urgente.

Cabeceo discretamente y abro la caja para concentrarme en cualquier otra cosa que no sea él. Sonríó al ver unas preciosas sandalias con unos kilométricos tacones. Sin dudar, me limpio los pies como puedo, me las pongo y camino hacia la puerta ajustándome el vestido.

—Muchas gracias por los zapatos, pero ¿de dónde los has sacado? —inquiero deteniéndome frente a él, que se ha sentado en el escalón de la entrada trasera.

—Una de las bailarinas —responde lacónico—. Sé que son bonitos, pero tendrás que devolvérselos —añade burlón.

Yo le dedico mi mejor mohín y Max sonrío encantado por haberme hecho rabiar una vez más. Ninguno de los dos aparta la mirada del otro y por un momento simplemente nos quedamos así,

observándonos. Tiene unos ojos castaños increíbles, pero es algo más que eso, me gusta cómo me mira.

Max vuelve a sonreír y con un suave movimiento de cabeza me señala el trozo de escalón a su lado para que me siente. Yo dudo, pero finalmente lo hago. De hecho, quiero hacerlo y algo en la sonrisa que me dedica me dice que él también lo sabe.

—Pensé que te habías marchado con... —finge hacer memoria—... Adam.

Me parece que no soy la única que está disimulando mal aquí.

—Me fui, pero tuve que volver. Mis amigas me necesitaban.

—Eso es muy bonito —replica socarrón.

Yo entorno la mirada, pero no puedo aguantar mucho más y acabo sonriendo.

—¿Problemas de chicos? —inquire.

—¿Cuándo no? —pregunto a mi vez—. Los hombres sois demasiados complicados.

—No es cierto —se defiende—. Vosotras sois las complicadas.

—No, no —contraataco cantarina—. Eso es un bulo que os habéis inventado precisamente los hombres. Las mujeres sólo queremos que nos quieran, que nos hagan reír y... —pienso en la siguiente frase y me ruborizo por adelantado— y un par de cosas más.

Muy bien, Lolita. Eres una dama.

Max sonrío.

—Por mi experiencia, si haces bien ese par de cosas, las otras no son tan importantes.

—Eso es porque eres un mujeriego —replico, pero, a diferencia de cuando uso esa palabra con Colton, Fitzgerald y Brent o cualquier otro hombre, ahora algo dentro de mí odia haber tenido que pronunciarla.

—Puede ser, pero nunca pido a las mujeres más de lo que les ofrezco.

Me humedezco el labio inferior y aparto mi mirada de la suya. Debería agradecerle que, por lo menos, esté siendo sincero.

Max me observa un par de segundos y finalmente coloca su mano en mi mejilla y me obliga a alzar la cabeza para poder volver a atrapar mi mirada.

—Los hombres como tú siempre acabáis haciendo daño a las chicas —me sincero en un murmullo y no sé si se lo estoy diciendo a él o a mí.

—Las chicas tenéis que aprender a ser más listas.

Estamos muy cerca, demasiado cerca. Las alarmas ya no suenan, ahora gritan desbocadas, y yo necesito aferrarme desesperadamente a mi sentido común.

—En cualquier caso, los problemas de mis amigas más o menos se han solucionado —comento alejándome de él, llevando mi vista al frente y tratando de que mi voz suene neutra.

No puedo sucumbir a sus encantos.

—Me alegro —responde.

Y, aunque no puedo verlo, sé que tiene esa sonrisa tan canalla colgada en los labios.

—Mis amigas son muy importantes para mí.

Mi respiración está suavemente acelerada y el corazón me late más de prisa de lo normal. Ni siquiera me está tocando, pero puedo sentir toda esa sensualidad, el ambiente en sí tirando de nosotros, del uno contra el otro.

—Eso dice mucho de ti —sentencia.

Mi sonrisa se ensancha. Quiero muchísimo a las chicas, sobre todo a Katie. Somos amigas desde niñas. Ella siempre me ayudó cuando yo estaba perdida y también cuando parte de mi familia me dio de lado.

—En la disco montaste un buen espectáculo —comento. Necesito distraerme... de él—. ¿Lo haces todas las noches? —añado pícaro mirándolo con la barbilla alzada.

—Bueno, hay que mantener el interés —responde misterioso—, y además es divertido.

—Con toda esa música.

Asiente.

—La diversión —puntualiza.

Ahora la que asiente soy yo.

—Y todas esas chicas mirándote y deseándote.

Max va a repetir el gesto, pero pierde su mirada al frente y se queda pensativo. Yo lo observo confusa. ¿Qué pasa?

—Creo que ésa es la mejor parte —contesta al fin.

¡Maldito descarado!

Suspiro escandalizada y acabo golpeándolo en el hombro.

—Eso sí que dice mucho de ti —me quejo.

—¿Sabes? También dice mucho de ti.

Lo sé y no quiero confirmarle que tiene razón, así que entorno la mirada para distraer la atención.

—Estás completamente equivocado.

Max sonrío más perspicaz y también más canalla.

—Creo que no. —Su voz se agrava hasta ser casi un susurro. También me gusta su voz—. Creo que te molestó verme entre todas aquellas guapísimas chicas que me llamaban y me ofrecían sexo de todas las maneras posibles.

—¿Qué? —pregunto tan sorprendida como indignada—. ¿Te ofrecieron sexo?

¡Son un puñado de zorras!

Resoplo. Me aparto de él; no sé por qué, pero sí sé que estoy furiosa. Max vuelve a tomarse unos segundos para observarme y finalmente gira todo su cuerpo hacia el mío.

—¿Ves, Mexicanita? —pronuncia sensual—. Dice mucho de ti.

Y de pronto me doy cuenta de que acabo de caer en su trampa. Sólo quería provocarme. Resoplo de nuevo, esta vez mucho más enfadada. La sangre me hierve. Me giro también hacia él y nos quedamos frente a frente. Los dos en guardia, desafiándonos el uno al otro.

—Eres un maldito descarado.

Max sonrío, pero no dice nada, sólo me observa, y es la última prueba que necesito para saber que estoy atada de pies y manos, con mi cuerpo, mi corazón y mi cabeza tirando de mí en todas las direcciones. Quiero odiarle, pero me gusta. Sé que me hará daño, pero soy incapaz de marcharme. Quiero que me bese y también quiero darle la bofetada que sé que se merece, ya no sólo por mí, sino por todas las mujeres de la humanidad.

Él sonrío de nuevo. Una sonrisa, suave, serena, preciosa.

—Podría haber tenido a la chica que quisiese esta noche y, sin embargo, con ninguna de ellas me sentí como cuando tú has pronunciado mi nombre.

No hay un solo gramo de duda en su voz y eso sólo lo hace más y más atractivo. Yo quiero decir algo ingenioso y fresco. Algo divertido que le haga pensar que soy la chica más increíble del mundo. Nunca me ha importado lo que la gente piensa de mí, hace mucho tiempo que aprendí que, si quería sobrevivir, tenía que dejar esa posibilidad al margen; sin embargo, con él es completamente diferente. Quiero gustarle. Necesito gustarle.

—Gracias —murmuro al fin.

¿Gracias? ¿En serio? Quiero que la tierra me trague. Soy la mujer más ridícula del mundo.

—De nada —responde socarrón.

A pesar del bochorno, mi sonrisa se ensancha sin remedio.

—Tengo que volver dentro —me informa sin levantar sus ojos de mí—, pero esta conversación no se acaba aquí, Mexicanita. Salgo en una hora y Manhattan va a ser entera para nosotros.

Asiento. Las alarmas siguen sonando, pero ya no las escucho.

Max se levanta y me coge de la mano para que haga lo mismo. La corriente eléctrica vuelve y nos sacude a los dos. Cuando nos quedamos frente a frente, aprieta más su agarre, más sensual y posesivo. Vuelve a clavar sus ojos en los míos y vuelve a sonreír. Algo me dice que tiene demasiado claro lo que consigue con esa sonrisa.

Regresamos a la disco. La música sigue sonando a todo volumen y la gente continúa bailando. Nos detenemos de nuevo junto a los reservados de sofás color violeta.

—Tu amiga pelirroja sigue por aquí —me explica—. La última vez que la vi, estaba intentando convencer a su novio para bailar.

Sonrío. No lo dudo.

—Terminaré en una hora —sentencia.

Asiento, pero Max no se va. Finalmente me dedica una media sonrisa de lo más socarrona y lleva su mirada hasta nuestras manos. Por inercia yo también lo hago y entonces me doy cuenta de que él ya ha soltado mi mano pero yo no he hecho lo mismo con la suya.

—Lo siento —me disculpo a punto de ruborizarme otra vez.

Su gesto se ensancha y yo suelto su mano como si quemase. No pienso permitirle que crea que me tiene en el bote.

A Lolita ningún hombre la tiene en el bote.

«Sin comentarios.» Mi voz de la conciencia no me entiende en absoluto.

—No deberías ser tan arrogante, camarerito —sentencio llevándome las manos a las caderas.

Sin levantar sus ojos de los míos, Max da un paso hacia mí y se inclina suavemente hasta que su cálido aliento acaricia mis labios. Su cuerpo casi toca el mío y un suave olor a cítricos y pura frescura me inunda. Tengo la tentación de morder su cuello para saber si sólo huele a limón o también sabe a él.

—Hablabamos de eso mañana por la mañana —susurra con la voz más sensual que he oído jamás, alzando sus ojos castaños sin separarse un ápice para volver a conectarlos con los míos.

Me tiemblan tanto las rodillas que no sé si seré capaz de mantenerme en pie.

—Descarado —le llamo de nuevo cuando vuelve a incorporarse.

Max me guiña un ojo y se marcha a la barra dejándome excitada y con ganas de que la hora que nos queda por delante pase muy muy rápido. Lo sigo con la mirada y acabo sonriendo como una idiota.

—Lola, ¿dónde te habías metido? —llama mi atención Katie caminando hasta mí.

Yo me giro hacia ella y me obligo a disimular mi sonrisa.

—Es una historia muy larga. ¿Una copa? —añado rápidamente para evitar futuras preguntas.

Ni siquiera yo entiendo lo que Max despierta en mí y, después de haber dicho tantas veces aquello de «mantenerse alejada de los mujeriegos. Es una orden», no quiero aguantar todas las bromas que mis queridísimas amigas y sus no tan queridísimos prometidos me harían.

—Margarita sin, por favor —me pide con una sonrisa.

Asiento y giro sobre mis tacones prestados. No estoy buscando una excusa para volver a verlo, pero, si la tengo, no seré yo quien la desaproveche.

Camino hacia la barra tarareando el *Girlfriend*,[*] de Icona Pop. En seguida distingo a Max entre

la decena de camareros que se mueven ágiles al otro lado del inmenso mostrador de cristal ahumado. Está preparando un cóctel. Mi sonrisa se ensancha al recordar nuestro encontronazo cuando nos conocimos. Sin embargo, mi gesto no tarda en desaparecer. Una camarera pasa tras él, coloca las manos en su cintura y le susurra algo al oído. Él sonríe sin corregirle esa familiaridad y responde algo que no puedo entender. Casi al mismo tiempo, las dos clientas que esperan sus copas lo observan admiradas y él les guiña un ojo. No somos novios y, aunque lo fuéramos, técnicamente, tampoco tendría nada que reprocharle, pero el coqueteo está ahí, su forma de ser está ahí, la manera en la que se relaciona con el sexo y las mujeres está ahí... y yo he sido tan estúpida de pretender pasarlo por alto. Es como Colin, y ¿qué clase de mujer descerebrada y kamikaze sería si, después de decirle a Mackenzie que estar con un hombre así podría destrozarle el corazón, yo me tirara a la piscina a ciegas?

Tengo que largarme de aquí y, sobre todo, tengo que pensar.

Sin dudarlo, me dirijo hacia la salida. ¿Cómo he podido ser tan tonta?

—Lola.

Oigo mi nombre, pero no me detengo ni tampoco me giro. Sólo quiero marcharme.

—Lola —repite.

¡Es Adam! Me giro confusa. Ni siquiera había pensado en él.

—Hola —murmuro un poco avergonzada.

Le he dejado tirado y ni siquiera lo recordaba.

—Creí que me habías dado plantón —comenta con una sonrisa.

—No —musito.

Pero casi. Si Max me lo hubiese pedido mientras estábamos sentados en aquel escalón, me habría marchado con él. Suspiro. La cabeza me va a mil kilómetros por hora. Sin quererlo, dirijo mis ojos hacia la barra y me encuentro con su mirada. Está descolocado, pero también está furioso y muy sorprendido. Me siento culpable, pero inmediatamente me obligo a desterrar ese sentimiento. Por una vez, no está mal que se vuelvan las tornas. Merece sentirse así, exactamente como se sienten las chicas con hombres como él alrededor.

—¿Todavía podemos ir a ese club de jazz cerca del parque?

Adam me observa confuso.

—Claro —responde al fin.

Me hace un gesto para que pase primero, pero, antes de hacerlo, y otra vez sin saber por qué, alzo la cabeza y vuelvo a encontrarme con Max. La rabia ya es cristalina e inunda por completo sus ojos castaños. No quiero marcharme, pero es lo más inteligente. Puede que Mackenzie haya decidido olvidar aquello de ser chicas listas, pero yo no puedo.

Max cabecea decepcionado y da un paso hacia atrás a la vez que tira al suelo el tapón de la botella que acaba de abrir. Todo sin levantar sus ojos de mí.

Nunca me había sentido tan mal.

Al apartar mi mirada, me cruzo con la de Donovan, que me observa perspicaz desde los reservados. No le doy importancia. Probablemente sólo está pensando una nueva forma de amargarme la existencia.

Salimos y la temperatura en la calle parece haber bajado un par de grados de golpe. De pronto tengo el estómago cerrado a cal y canto. No quiero estar aquí. No sé dónde quiero estar.

—Cuando me llamaste hace unas horas, me dejaste un poco preocupado —comenta sin darle ninguna importancia—. Creí que te estaban atracando.

Al escuchar sus palabras, me detengo en seco.

—¿Pensaste que me estaban atracando y no hiciste nada?

Creí que no me había oído y, aún creyéndolo, no habría esperado que hubiese removido cielo y tierra para encontrarme, pero sí quizá intentar contactar conmigo de nuevo o, no sé, llamar a la policía. Max salió corriendo sin hacer preguntas con la única idea de protegerme.

«No es el mejor momento para recordar eso.»

—No pensé que sirviera de mucho —responde encogiéndose de hombros.

Lo miro tratando de poner en orden mis ideas. Siempre he sabido lo que me convenía, ¿por qué no soy capaz de conseguirlo ahora?

—¿Sigues queriendo ir a ese club de jazz? —me pregunta.

Suspiro con fuerza. Inesperadamente las palabras del abuelo de Katie resuenan en mi cabeza: «en la vida hay que ser honesto, listo y leal con todos, pero, sobre todo, con uno mismo».

—En realidad, no —confieso—. Lo siento mucho, Adam.

—Lo imaginaba —contesta amable—. Creo que la noche ha sido demasiado larga para ti.

—Gracias por entenderme.

Adam da un paso hacia mí. El ambiente se transforma, pero no me llena. No siento la electricidad ni las mariposas.

—¿Sabes lo que estaría realmente bien? —me propone—. Desayunar mañana.

Me obligo a forzar una sonrisa. Sé exactamente a qué se refiere con desayunar y la idea me incomoda.

—Te lo agradezco, pero no creo que sea una buena idea —contesto—. Como has dicho, he tenido una noche muy larga. Sólo quiero descansar.

—Vamos, eso no es cierto —se apresura a replicar—. Después del plantón que me has dado, no creo que me merezca que me mientas.

Suspiro de nuevo. Estoy empezando a agobiarme un poco. Sólo quiero irme a casa y pensar.

—Me gustas mucho —añade bañando su voz de dulzura.

Justo las tres palabras que podían enmarañar mi cabeza un poco más. ¿Y si ésta es la manera que tiene el destino de decirme que por una vez me fijé en el chico correcto? Que es Adam y no Max ese chico. Y que las mariposas en el estómago sólo duran hasta que te das cuenta de que, después de acostarse un par de veces contigo, ya tiene su interés puesto en otra chica.

—¿Por qué no quedamos mañana para comer? —le ofrezco—. Podremos hablar más tranquilos. Antes de que sigamos con lo que quiera que vayamos a seguir, tengo que contarte algo —me sincero—. Es importante.

Nunca he engañado a ningún hombre y no pienso empezar con él.

Adam sonrío y da un nuevo paso hacia mí. Su actitud me desconcierta.

—Sé lo que vas a decirme, Lola.

Cuatro chicos bastante borrachos salen del EHON haciendo eses y, cayéndose más de uno más de una vez, llegan a la acera de enfrente.

Le agradezco que intente ser amable, pero no tiene ni la más remota idea de lo que pasa.

—No, no lo sabes —insisto.

—Sí, lo sé —sentencia.

La manera en la que me mira me descoloca aún más. ¿Realmente lo sabe? ¿Cómo?

—Adam, yo... yo —es demasiado complicado y más aún en estas circunstancias—. Yo soy transexual.

Antes de que diga nada, aparto mi mirada de él. No me siento avergonzada. Estoy muy orgullosa de mí misma, pero al mismo tiempo es algo demasiado duro, como si tuviese que disculparme

constantemente por ser quien soy. Hace años, sentirme así me llenaba de rabia. Ahora se entremezcla demasiado rápido con el dolor.

Adam coloca su mano en mi barbilla y me obliga a alzar la cabeza.

—Te he dicho que ya lo sabía.

—¿Qué?

Inmediatamente busco su mirada. De todas las respuestas, ésa era la última que me esperaba.

—¿CÓ... cómo lo has sabido?

—No lo sé —contesta con una sonrisa—. Llámalo intuición.

Frunzo el ceño.

—¿Y no te importa? —pregunto.

Adam coloca sus manos en mi cintura y da el último paso que nos separa.

—Siempre he tenido curiosidad —susurra.

—¿Curiosidad?

Todo lo que ha pasado esta noche en general y los últimos veinte minutos en particular me han dejado bastante aturdida, pero soy plenamente consciente de que ahora mismo estoy decepcionada. Yo quiero estar con un hombre que quiera estar conmigo, no experimentar conmigo.

Se inclina sobre mí para besarme, pero yo ladeo la cabeza apartándome. Adam suspira mientras estudia mi expresión con sus bonitos ojos verdes.

—Lola, yo soy hetero.

—Un hetero curioso, ¿no?

De pronto estoy muy enfadada. Yo no soy ningún experimento, maldita sea.

Adam no dice nada y yo no necesito saber más. Lo empujo y él se aparta a regañadientes. Echo a andar a la vez que resoplo. Me siento dolida, utilizada, estúpida y francamente ridícula.

—Vamos. Ven aquí —me pide.

—No —respondo sin ni siquiera volverme.

La puerta trasera del local se abre y con ella llega la música durante unos segundos. Antes de que el pensamiento cristalice en mi mente, miro hacia ese lugar esperando ver a Max, pero sólo sale una camarera, una de las que estaban aquí antes, e imagino que con la misma idea de fumarse un cigarro.

¿Qué demonios pasa conmigo y, ya que estamos, con el maldito universo? ¿Por qué, haga lo que haga, jamás elijo bien?

—Lola, por favor —vuelve a llamarme caminando tras de mí.

—Déjame en paz, Adam.

Oigo cómo se para en seco y respiro aliviada. Por fin se ha rendido.

—Maricón de mierda —gruñe.

¿Qué?

Me detengo en seco y me giro despacio. No tiene ningún derecho a decir lo que ha dicho.

—No te atrevas a hablarme así.

—Es lo que eres, ¿no? —replica malhumorado, dañino—. Por mucho vestido ceñido que te pongas y por mucho que subas esos enormes pies a unos tacones, nunca vas a dejar de ser un tío o, en el mejor de los casos, un monstruo que jamás va a conseguir gustarle a nadie.

Me quedo paralizada. Quiero defenderme, gritarle todo lo que se merece, pero no soy capaz. De pronto me siento como si volviese a los catorce años y Andrew Lockwood me estuviese pegando en el callejón junto al garaje del abuelo de Katie. ¿Cuánto tiempo voy a tener que soportar esto? ¿A cuántos Andrew Lockwood voy a tener que enfrentarme?

—Tendrías que avergonzarte de lo que eres —escupe.

Una lágrima se escapa por mi mejilla. Estoy demasiado cansada.

—Ey, gilipollas.

Su voz me distrae. No me puedo creer que esté aquí. Un segundo después está tumbando al imbécil de Adam de un puñetazo.

—Donovan —susurro incrédula.

De un solo tirón, se coloca bien la chaqueta y camina hasta él.

—Ella no es ningún monstruo, ni ningún maricón, ni un tío —ruge sereno, controlado, absolutamente amenazante pero sin levantar la voz o hacer ningún otro aspaviento. Sencillamente no lo necesita para resultar tan intimidante como quiera—. Es una mujer, ¿entiendes eso, capullo? —Le da una patada en el estómago y yo sonrío. El muy desgraciado se la merece—. Y no le llegas ni a la suela de los zapatos. Ahora lárgate.

Donovan se gira hacia mí y yo suspiro mientras busco su mirada. Me siento agradecida y no sólo porque le haya pegado a ese gilipollas. En sus palabras había respeto y cariño, y nunca pensé que obtendría ninguna de esas dos cosas de Donovan Brent.

—Muchas gracias —le digo.

Adam se revuelve, se levanta y se marcha cabizbajo y dolorido. Sólo espero que se encuentre con mi «querido» atracador y le deje sin un centavo.

—No hay por qué hacer un mundo de esto —replica Donovan displicente—. Tú cuidas de Pecosa y yo cuido de ti. Supongo que eso es lo que hacen los amigos.

Frunzo el ceño tratando de contener una sonrisa. Por mucho que trate de quitarle importancia, los dos sabemos lo que ha hecho.

—Sí, yo también imagino que eso es lo que hacen los amigos —replico socarrona.

Un ruido vuelve a distraernos. La música se hace más intensa sin volver a diluirse, como si alguien hubiese salido tan de prisa que hubiera olvidado cerrar la primera puerta, y el callejón se inunda de ella y de los sonidos del club. Max aparece prácticamente corriendo, con la respiración acelerada y todo su cuerpo en guardia.

—¿Estás bien? —me pregunta—. Una camarera me ha avisado de que un tío se estaba pasando contigo.

Miro hacia la puerta. No hay rastro de la chica que salió a fumar. Ha debido ser ella.

—¿Estás bien? —repite más furioso, más preocupado, incluso ¿asustado?—. ¿Ha sido este gilipollas? —inquiere dando un paso hacia Donovan.

—Llegas tarde, caballero andante —se burla Brent displicente.

—Estoy bien, Max —le aclaro.

Al escuchar mis palabras, lleva sus ojos castaños hasta mí y juraría que el alivio acaba de inundar cada centímetro de su cuerpo.

—Vuelvo dentro —nos interrumpe Brent— y te advierto —dice dando un paso hacia Max— que más te vale que te comportes como un hombre con ella, porque yo siempre voy a estar aquí para defenderla.

Max le mantiene la mirada. Estoy asistiendo a un duelo de titanes en toda regla.

Sin esperar respuesta, Donovan gira sobre sus elegantes zapatos italianos y se dirige de nuevo al EHON.

—Gracias —murmuro observando cómo se marcha.

Cuando la puerta se cierra tras él, aprieto los labios con fuerza. Ahora que Max y yo nos hemos quedado solos, no sé cómo comportarme.

—Me alegro de que estés bien —dice Max justo antes de dar media vuelta y echar a andar.

—Gracias por preocuparte —susurro.

Tengo dudas de que me haya oído, pero entonces se detiene en seco y se da la vuelta. Está aún más furioso y, además, dolido.

—¿Tan raro te resulta que el camarero mujeriego sea capaz de preocuparse por una chica? —ruge acercándose a mí.

—No he querido decir eso —me defiendo manteniéndole la mirada.

Aunque en realidad una parte de mí sí lo ha hecho y eso me hace sentir horriblemente mal. Sin embargo, no puedo evitar sorprenderme de que esté preocupado por mí.

—¿Y que has querido decir, Lola? No soy ningún estúpido. Sé por qué te marchaste con ese imbécil, pero lo cierto es que tú no me conoces. No sabes cómo soy.

—Tú tampoco sabes cómo soy yo —replico exasperada.

¿Por qué todo se está complicando tanto?

—¿A qué ha venido eso? —pregunta confuso, enfadado.

Uno de los borrachos se encarama a una boca de incendios en mitad de la calle y, haciendo peripecias para no perder el equilibrio, se mantiene en alto mientras los otros tres comienzan a dar patadas a la boca intentando abrirla o tirarla, quién sabe.

—Yo no soy como tú crees que soy, Max.

—¿Y cómo eres, Lola?

No quiero responder. No puedo hacer esto hoy. Ya he tenido mi ración de cruda realidad por esta noche.

—Lo siento —murmuro rindiéndome, dándome media vuelta y empezando a caminar.

—Cuéntamelo —me ordena tras unos segundos en un susurro duro y sensual.

Me detengo y me giro. No sé por qué lo he hecho. Mirándolo todo es mucho más difícil.

Cuarta regla de los cabronazos: saben el aspecto que tienen y siempre lo usarán en tu contra.

—No puedo —musito.

Max da un paso hacia mí. Me intimida, pero no dejo que lo vea, como tampoco dejo que sepa lo atractivo que me parece ahora mismo.

—Te he dicho que me lo cuentes —me ordena de nuevo.

Está tan al límite como yo.

Cierro los ojos y tras un segundo vuelvo a abrirlos. El corazón me late demasiado de prisa.

—Soy transexual —respondo en un golpe de voz.

Su mirada cambia en un solo instante y, sin ni siquiera entender cómo, mi mundo cae patas arriba. Me han mirado así muchísimas veces en mi vida, pero, que sea Max el que lo haga, multiplica el dolor por mil.

—Nací siendo Eduardo Cruz —continúo con rabia. Quiero que lo sepa todo, que me odie. Quiero poder odiarlo a él—. Llevo luchando toda mi vida y tengo la sensación de que nunca voy a poder dejar de hacerlo... y ya estoy cansada, Max.

Él traga saliva y por un momento pierde su mirada en el callejón. Espero durante largos segundos a que diga algo, lo que sea, pero no lo hace. Ahora tengo más claro que nunca que siempre va a ser así, y esta vez no quiero quedarme a verlo.

—No te preocupes —le digo—. No voy a ponértelo difícil.

Con los ojos llenos de lágrimas que no me permito llorar, comienzo a caminar alejándome del club y de él.

—Lola —me llama, pero no me detengo—. Lola —repite.

Empiezo a llorar. Acelero el ritmo. ¿Por qué esta vez tiene que doler más que todas las demás?

Oigo pasos acelerados acercarse a mí.

—Quieres parar de una vez —ruge agarrándome de la muñeca y obligándome a girarme.

—¿Qué quieres tú? —inquiero con la voz llena de lágrimas, zafándome de su mano—. ¿Quieres reírte de mí? ¿Insultarme? ¿Llamarme monstruo? ¿O ver qué es lo que se siente estando con alguien como yo?

Estoy demasiado enfadada, demasiado dolida.

—Lola —trata de calmarme lleno de dulzura.

Alza las manos y acuna suavemente mi cara entre ellas, atrapando mi mirada una vez más. Está siendo tierno, sensual, me está protegiendo con toda su seguridad.

—Para mí eres Lola, nada más —susurra dejando que sus ojos castaños digan todo lo demás—, y el problema aquí es que nadie te ha dado la bienvenida a Nueva York como te mereces.

Se inclina sobre mí, me besa y yo me dejo besar, y sencillamente ocurre que es el mejor beso que me han dado jamás.

—Max —pronuncio contra sus labios inundada de un deseo caliente y burbujeante.

Sus manos se deslizan por mi cuerpo hasta anclarse a mis caderas y estrecharme contra él aún más posesivo, más sensual, más seductor, más perfecto.

—Sólo una noche —me pide o me advierte, qué sé yo—. No te estoy pidiendo más ni tampoco ofreciéndotelo.

Something in the way you move,[*] de Ellie Goulding, comienza a sonar desde la puerta trasera de la discoteca.

Max se separa lo suficiente para atrapar mi mirada con la suya. No necesito más. Quiero tirarme a ciegas.

Sonríe, lo sabe, y vuelve a besarme mientras me lleva contra la pared más alejada del callejón.

Se oye un gran ruido. Los borrachos gritan de júbilo y el agua sale disparada de la boca de incendios, empapándonos. Ellos salen corriendo, pero nosotros no nos movemos. No nos importa. No nos importa absolutamente nada.

Sus manos vuelan bajo mi vestido hasta volver a tocar la piel de mis caderas. Me levanta a pulso y yo reacciono inmediatamente rodeando su perfecta cintura con mis piernas.

Se pierde en mi boca, mi barbilla, mi cuello. Me besa, me muerde, me lame.

—Max —gimo arqueando la espalda, separándola de la pared, disfrutando de todo lo que me hace sentir.

Me baja el vestido tirando de mi escote hasta que mi sujetador de La Perla aparece negro y lleno de sutiles encajes. Max disfruta del tacto entre sus dedos un solo segundo justo antes de apartarlo brusco y tomar mi pezón, todo mi pecho, con su boca.

Es suave y duro a la vez. Lento y rápido. Se toma su tiempo. Me hace vibrar. Y me gusta. Me gusta muchísimo.

Gimo y me pego más a sus labios, retorciéndome de placer por y para él, rodeando su cuello con mis brazos.

Max sube. Me besa mientras sus dedos atrapan mi pezón y me torturan. Su otra mano se pierde entre los dos, desabrocha sus vaqueros y se pone ágil un condón.

—Para mí eres Lola —susurra mi nombre en mi oído justo después de darme un húmedo beso bajo la oreja— y pienso follarte hasta volverte completamente loca.

Entra en mí.

Gimo.

Grito.

Me besa salvaje para acallar todos mis sonidos. Es duro, grande, fuerte. Me llena por completo. Me abre para él. Me hace saborearlo entero.

Max apoya su frente en la mía y se separa despacio con el aliento contenido y el corazón latiéndole tan de prisa como late el mío.

—Max —pronuncio entre jadeos.

—Y lo mejor está por llegar, Mexicanita.

La media sonrisa más canalla que he visto en todos los días de mi vida aparece en sus labios justo antes de que comience a moverse. Cada embestida es más fuerte que la anterior, más certera y maravillosa, llenándome de un placer exquisito que se dibuja en cada hueso y músculo de mi cuerpo.

—Dios —gimo.

Mi vestido rojo. Su camisa blanca. El agua. Sus besos. Nueva York. Todo es sencillamente perfecto.

Me corro contra su cuerpo mientras él sigue moviéndose, entrando y saliendo de mí, torturándome de la manera más deliciosa.

—Joder —gruñe haciendo sus embestidas cada vez más poderosas.

La dicha postorgásmica se transforma en seguida en otra cosa y el calor inunda mi cuerpo hasta dejarme en llamas.

—Max — le imploro, le suplico.

Va a partirme en dos y yo moriré feliz contra esta pared.

No atiende a mis súplicas. No se detiene. Y un orgasmo, aún más increíble que el anterior, vuelve a arrollarme de pies a cabeza mientras él se pierde en mi interior transformando mi nombre en alarido.

Ha sido espectacular.

Sale despacio de mí y todo mi cuerpo se estremece. Deja que mis pies vuelvan a tocar el suelo aún con nuestras respiraciones jadeantes. Sin decir nada, bajo la mirada y comienzo a arreglarme el vestido. Me he acostado con otros hombres, pero, involuntariamente, ahora me siento completamente diferente. Estoy abrumada.

Max me acaricia con suavidad la mejilla, observándome, manteniendo todo ese control tan increíblemente sexy.

—Lola —me llama echándose el pelo húmedo hacia atrás con la mano—, lo que dije antes...

—Ya lo sé —me apresuro a interrumpirlo.

Sé lo que va a decirme, que esto ha sido sexo y nada más, que no nos vamos a quedar a dormir abrazados y que, por supuesto, no va a enamorarse de mí. Ésa es la quinta estúpida regla y nunca he odiado nada tanto.

—No te preocupes. Tengo clarísimo lo que ha sido esto. —Quiero sonar despreocupada. No sé si lo consigo.

Lo empujo suavemente y camino decidida hacia la avenida. No puedo dejar que descubra cómo me siento ahora mismo. Max resopla y da un paso en mi dirección. No lo veo, pero algo me dice que otra vez está furioso.

—Te preocupa que te juzgue —pronuncia con rabia—, pero tú ya me has juzgado y condenado y no tienes ningún derecho.

Está dolido, pero no sé por qué y tampoco me lo merezco. Yo no soy el mujeriego. No soy quien ha pedido una sola noche, quien tiene a todas esas chicas cada día suspirando por él.

—Tienes miedo a aceptarte como eres y, mientras eso siga siendo así, sólo vas a estar rodeada de basura como Adam —sentencia.

Yo lo miro con rabia, a punto de romper a llorar. Está siendo injusto, demasiado injusto.

—Puede que esté asustada, pero sé perfectamente quién soy. Tengo que luchar cada día por serlo y también sé que siempre va a ser igual. Los hombres nunca se enamoran de una chica como yo y eso, Max, es lo que me da un miedo de muerte. No me merezco que me hables así, porque en el fondo tú eres igual. ¿Acaso quieres intentarlo conmigo? ¿Vas a llevarme a Brooklyn? ¿Vas a presentarme a tu familia y a tus amigos?

Una lágrima cae por mi mejilla, pero me la seco con rabia.

—Lola —trata de calmarme alzando la mano para coger la mía, pero no dice que me esté equivocando.

—¿Lo ves, Max? Tengo todo el derecho a estar asustada.

Sin esperar réplica por su parte, tampoco creo que la hubiese, salgo del callejón y camino de prisa hasta la avenida. Lejos de él, ya no tengo por qué aparentar una fortaleza que en el fondo no siento y rompo a llorar. ¿Qué pretendía que pasase? He escuchado más de una vez que todas las personas llevamos un equipaje auestas. En ocasiones es algo físico; otras, cargas familiares; a veces es alguna situación o trauma que no hemos podido superar, y a veces también simplemente es un pasado que nosotros no elegimos y contra el que vamos a tener que estar peleando toda la vida. Supongo que Max no ha sido capaz de enfrentarse a todo mi equipaje y en el fondo una parte de mí ni siquiera puede culparlo. La otra está llorando a moco tendido y las tres lo echamos estúpidamente de menos como si esta única noche valiera por años enteros.

No he avanzado más de un par de manzanas cuando un taxi se echa a un lado y ralentiza el ritmo hasta imitar el mío. Yo resoplo y me cruzo de brazos. No estoy de humor para más tonterías. Además, tengo el vestido empapado y me estoy muriendo de frío.

—Lola, por fin te encuentro. Me tenías preocupado.

Confundida, miro hacia el coche y reconozco a Tony al instante.

—¿Todo bien? —pregunta deteniéndose del todo.

Yo asiento sorbiéndome los mocos y forzando una sonrisa. Entre eso, mi vestido y mi pelo mojados, supongo que no resulto nada convincente.

—¿Me llevas a casa? —le pregunto e involuntariamente mi voz suena de lo más lastimera.

—Claro —responde sin dudar.

—Será la segunda carrera que te deba —le recuerdo—. Sigo sin un centavo.

Tony sonríe.

—¿Crees que estoy en esto por el dinero? —inquire socarrón—. Mi nombre está en los papeles de Panamá. Sólo soy un pobre multimillonario al que el amarillo le sienta bien. ¿Qué puedo decir?

No puedo evitarlo y acabo sonriendo sincera.

—Siéntate delante —me pide—. Creo que ya te mereces ir en el sitio de honor.

Asiento y rodeo el coche. Tony se incorpora al tráfico y durante largos minutos nos mantenemos en silencio.

—Siento no ser la mejor compañía —me disculpo.

—Si quieres, puedes contarme lo que te ha pasado. Apenas te conozco, pero no creo que estés así sólo por el atraco.

—Bueno, me han atracado dos veces —protesto con una fugaz sonrisa.

Qué curioso. A estas alturas eso es lo que menos me importa.

—Vaya —comenta sorprendido—. ¿Y se puede saber qué te quitaron la segunda vez? —inquire al cabo de unos segundos.

—Los zapatos.

Ladea la cabeza y me mira los pies.

—Llevaba unos Manolo —le aclaro—. Son de un...

—Diseñador europeo, y son carísimos —me interrumpo. Yo lo miro francamente sorprendida.

Tony, eres una caja de sorpresas—. Te recuerdo que tengo mujer, tres hijas y una nieta. Por culpa de las tiendas de ropa y zapatos, jamás podré jubilarme.

Los dos nos miramos y rompemos a reír.

Una obra hace que tengamos que continuar varias manzanas por la Séptima y girar por la calle Canal. Me encanta cruzar Chinatown a esta hora. Los carteles de neón siguen encendidos y tengo la sensación de estar en una película de los ochenta con Indiana Jones a punto de saltar con un esmoquin blanco desde cualquier ventana.

—¿Y de dónde has sacados las sandalias que llevas? —pregunta.

—Un chico las consiguió para mí.

Tony asiente.

—¿Un chico? —inquire perspicaz.

—Un hombre —aclaro—. El camarero del EHON. Te habría caído bien —añado con una boba sonrisa—. También es de Brooklyn.

Él también sonrío, pero esta vez lleno de cierta indulgencia.

—¿Estás así por él?

Pienso en hacerme la fuerte pero acabo asintiendo al cabo de un par de segundos.

—A veces todo se complica —murmuro.

—O lo complicamos nosotros —sentencia—. Recuerdo el día que mi mujer me dijo que estaba embarazada. Yo tenía dieciocho años y trabajaba como repartidor en una frutería. No teníamos dinero ni casa, ni siquiera estábamos casados. Ella estaba llorando. No paraba de repetir que su padre me mataría y me tiraría al Hudson, y por un momento tuve tanto miedo como ella —ambos sonreímos—, pero entonces lo vi claro. Le dije que no se preocupara, que nos casaríamos, y que seríamos felices.

—Ya no quedan hombres como tú, Tony.

—Tonterías —protesta—. Claro que quedan, lo que pasa es que ellos también se asustan. No hay nada que dé más miedo que encontrar a la mujer de tu vida, porque de pronto sólo quieres protegerla y asegurarte de que va a tener todo lo que necesita y esa sensación, la idea de que sólo quieres que sea feliz y esté a salvo, se te mete bajo las costillas y no desaparece nunca.

—¿Tú todavía la sientes? —me atrevo a preguntar.

Tony me mira y sonrío.

—Daría todo lo que soy por mi Alice.

—Es una mujer con suerte. —A pesar de lo poco que conozco a Tony, estoy convencida de cada palabra.

—Soy yo el afortunado.

Detiene el coche y me doy cuenta de que ya hemos llegado a mi calle.

—Lola —me llama girándose hacia mí y captando mi atención—, a menudo los hombres no sabemos expresar nuestros sentimientos o directamente preferimos no hacerlo. Somos unos gilipollas —otra vez los dos sonreímos—, pero no te quedes con esa basura. Los hombres de verdad, más tarde o más temprano, se comportan como hombres de verdad y siempre van a buscar a su chica.

Mi sonrisa se ensancha. Ojalá fuese cierto, aunque, para mi desgracia, creo que todo eso siempre depende de la chica. Aun así, me siento reconfortada. Me gusta la idea de saber que hay hombres de verdad por ahí, aunque estén disfrazados de auténticos cabronazos. O quizá es que un cabronazo, a

pesar de ser arrogante, duro o distante, puede ser un hombre de verdad y querer a una chica toda la vida. Al fin y al cabo, Donovan y Jackson son ejemplos de eso, ¿no?

—Muchas gracias, Tony.

—De nada, preciosa.

Le doy un beso en la mejilla y salgo del taxi. Al llegar a la puerta de mi edificio, me giro y me despido con la mano. Sabía que no se marcharía hasta asegurarse de que entraba en mi portal.

Subo a la segunda planta, uso la llave de repuesto que escondo en uno de los maceteros del rellano y, al fin, entro en mi apartamento. Voy directa al frigorífico y cojo un botellín de agua. Me bajo de los tacones y disfruto del tacto del parqué. Me miro los pies. Voy a tener que desinfectármelos con alcohol de quemar y cuatro tipos de lejía. Casi al mismo tiempo contemplo los tacones y sonrío. Estar con Max fue increíble, y no sólo la parte física, que dudo mucho que algún día consiga que deje de ser mi recuerdo recurrente favorito. Me gustó hablar con él. Me gustó molestarlo. Me gustó que su primer instinto fuese protegerme, que se preocupara por mí, que me hiciera reír. Una lágrima cae por mi mejilla y se pierde en la comisura de mi sonrisa. Si me concediesen un deseo ahora mismo, creo que por primera vez no pediría el armario de Sarah Jessica Parker. Lo único que quiero es que Tony tenga razón en todo lo que dijo.

Basta por hoy, Lolita.

Me seco las lágrimas, cuadro los hombros y echo a andar hacia mi habitación. Yo no me rindo y tampoco me quedo en un rincón lamiéndome las heridas.

Estoy a punto de meterme en la ducha cuando el teléfono fijo comienza a sonar. Extrañada, me asomo y desde la puerta del baño compruebo la hora en el reloj de I love New York de mi mesita. Son casi las seis de la mañana. ¿Quién puede llamar a esta hora? Camino despacio hasta el salón y cojo el teléfono.

—¿Diga? —inquiero con cautela.

Si es mi jefe, contrataré a un sicario y no lloraré en su funeral.

—Lola, sube a la azotea de tu edificio.

Es Katie. ¿Qué está pasando?

—¿Qué? ¿Por qué? Estoy empapada e iba a darme una ducha.

—Haz lo que te digo —replica divertida—. *Su-be-a-la-a-zo-te-a.*

—Pero...

Sin darme la oportunidad de decir nada más, cuelga. Yo miro el teléfono y frunzo el ceño. ¿Por qué iba a querer subir a la azotea a esta hora?

Dejo el aparato sobre su soporte y vuelvo a la habitación cabeceando. El efecto placebo de los margaritas sin debe de habersele subido a la cabeza. Sin embargo, cuando apenas he cruzado la estancia, la curiosidad me puede. Me pongo el pijama y un abrigo encima rápidamente, me calzo mis Australianas y, con la llave de repuesto en una mano y el teléfono fijo inalámbrico en la otra, salgo por la ventana a la escalera de incendios y comienzo a subir hacia la última planta.

El viento se ha vuelto aún más frío. No entiendo qué hago aquí. Miro el teléfono dispuesta a marcar el número de Katie y llamarla Pecosita malnacida cuando alcanzo el último tramo y entonces, sencillamente, me quedo sin habla.

6.15 a.m.

—Hola, Mexicanita.

Max camina hasta mí. Me toma de la mano y me ayuda a alcanzar la azotea. Estoy sorprendida, casi perpleja. ¿Qué está haciendo aquí? ¿Cómo lo sabía Katie?

—¿Preparada? —me pregunta.

Sonrío. No sé qué contestar, qué decir, qué hacer.

—Sí —respondo nerviosa.

Max me lleva al centro de la azotea mientras lo observo expectante. ¿Por qué estamos aquí?

—¿Cómo has sabido dónde vivía?

—Cada cosa a su tiempo —responde socarrón—, y ahora, aunque te cueste trabajo mantener esa boquita cerrada, te toca escuchar.

Se saca el iPhone del bolsillo de los vaqueros y desliza el pulgar sobre la pantalla. El manos libre se activa y el tono de llamada resuena entre los dos.

—¿Qué? —responde una voz adormilada y poco amable al otro lado.

Miro la pantalla y veo a un chico con gafas más o menos de su edad, absolutamente despeinado y muerto de sueño.

—Sammy, quiero que conozcas a alguien —le explica Max con una sonrisa—. Es una mujer increíble, guapa, inteligente, divertida. —Lleva sus ojos hasta los míos y yo disfruto de su mirada. Ahora mismo soy la chica más feliz del mundo—. Sabe mantenerme en mi sitio y esta noche he descubierto cuánto me gusta eso. —Ambos sonreímos—. Se llama Lola y es mi chica —sentencia girando el teléfono y dejándome de cara a Sammy—. Lola, éste es Sam, mi mejor amigo.

—Hola —lo saludo con una sonrisa enorme.

—Hola —responde desganado, levantando la mano—. Encantado de conocerte... —se toma un segundo—. ¿Te importaría si ahora hablo algo con Max?

—Claro —respondo.

—Muchas gracias.

Max gira el teléfono y recibe con la misma sonrisa a su amigo.

—Es muy guapa y estoy muy contento por ti, pero ¿hay algún puto motivo por el que tengas que presentármela a las seis de la mañana? Madrugo, capullo.

La sonrisa de Max se ensancha y a la mía le sucede exactamente lo mismo.

—No lo sé —responde—. Supongo que me he dado cuenta de lo que quiero y no tengo más ganas de seguir esperando.

Vuelve a atrapar mi mirada y yo vuelvo a perderme en ella. Los hombres de verdad siempre vuelven a por su chica.

—Nos vemos mañana —se despide Max de su amigo—. No llegues tarde.

—No pienso ir, sino me dejas en paz. Te odio.

Max sonríe de nuevo, esta vez a punto de echarse a reír por la reacci3n de Sammy, y finalmente cuelga.

—Antes de que lo olvide, mañana tenemos una cena —me informa fingiéndose solemne—. Nada especial. S3lo mis amigos, mi hermano Theo, su mujer y tu amiga pelirroja y su prometido. —De pronto parece caer en la cuenta de algo—.  Sabes que me hizo darle mi nombre completo, mi número de la Seguridad Social y mi direcci3n, y me hizo una foto antes de decirme d3nde vives?

Sonrío.

—Es una chica muy precavida —respondo—.  Qu  puedo decir?

—Que vendr s a la cena.

— Y qué te hace pensar que aceptará esa invitaci3n? —replico tratando de disimular la sonrisa que amenaza con partirme la cara en dos.

Max sonríe, su sonrisa más canalla, me toma de las caderas y me estrecha contra su cuerpo.

—Por si lo has olvidado, Mexicanita, s  que te vuelvo loca.

— Ah, s ? —replico divertida.

—S  que no puedes vivir sin mí.

—Eso es un poco presuntuoso.

—Y, sobre todo, s  que quiero estar contigo —sentencia.

Otra vez no hay dudas. Toda su seguridad está puesta sobre la mesa y esta vez lo est  por los dos.

—Quiero intentarlo contigo, Lola, y quiero que sepas que, que salga bien o mal, s3lo dependerá de nosotros, nunca de quien eres.

Asiento feliz, muy feliz.

—Lo tengo claro.

—Más te vale —me advierte sexy, deslizando sus manos hasta la curva de mi trasero—, porque no quiero que vuelvas siquiera a pensarlo.

Me besa y otra vez todo a nuestro alrededor sencillamente se vuelve eléctrico y perfecto al mismo tiempo.

Max se separa de mí, me coge de la mano y nos gira hasta que quedamos de cara a un incipiente amanecer. Nos sienta en el suelo y, mientras se apoya en el pequeño muro que rodea una de las chimeneas, me acomoda contra su pecho.

— Quieres que compartamos el abrigo? —le pregunto cuando una bocanada de aire frío nos sacude.

—De eso nada —replica—. No pienso dejar que pilles una pulmonía.

Recuerdo las palabras de Tony y sonrío.

—Eres uno de los buenos, Max.

—S3lo porque he encontrado a la chica más increíble del mundo.

Mi sonrisa se ensancha y me acomodo en su c ldido cuerpo mientras su brazo me rodea con fuerza.

Sexta regla: los cabronazos también se enamoran.

Y ésta, sin duda alguna, es mi regla preferida.

6.37 a.m.

Amanece en Nueva York.
Presiento que éste es el comienzo de toda mi felicidad.

Biografía

Cristina Prada tiene 32 años y vive en San Fernando, una pequeña localidad costera de Cádiz. Casada y con un hijo, siempre ha sentido una especial predilección por la novela romántica, género del cual devora todos los libros que caen en sus manos. En la trilogía «Todas las canciones de amor» decidió unir tres de sus grandes pasiones: la escritura, la literatura romántica y la música.

Encontrarás más información de la autora y sus obras en:

www.facebook.com/manhattan crazylove

Notas

[1] *Light it up*, (C) 2015 Mad Decent, interpretada por Major Lazer con Nyla y Fuse ODG. (N. de la E.)

[*] Sax, Syco Music, interpretada por Fleur East. (*N. de la E.*)

[*] *Be the one*, Dua Lipa Limited, interpretada por Dua Lipa. (N. de la E.)

[*] *How deep is your love*, Columbia, interpretada por Calvin Harris con Disciples. (N. de la E.)

[*] *Roses*, Disruptor Records/Columbia, interpretada por The Chainsmokers y ROZES. (N. de la E.)

[*] *Girlfriend*, Atlantic (Warner), interpretada por Icona Pop. (N. de la E.)

Manhattan Lola Love
Cristina Prada

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Diseño de la cubierta: Zafiro Ediciones / Área Editorial Grupo Planeta
© de la imagen de la cubierta: Shutterstock

© Cristina Prada, 2016

© Editorial Planeta, S. A., 2016

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.edicioneszafiro.com

www.planetadelibros.com

Los personajes, eventos y sucesos presentados en esta obra son ficticios. Cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

Primera edición: julio de 2016

ISBN: 978-84-08-15810-3

Conversión a libro electrónico: Víctor Igual, S. L. / www.victorigual.com